Fausto

Fausto

Fausto

OBRA TERMINADA

EL ANILLO DE SATANÁS

(MEMORIAS DEL REINADO DE FERNANDO VI)

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

DON RAMON ORTEGA Y FRIAS

CONDICIONES DE LA PUBLICACION

Esta interesante obra, que consta de dos tomos, se repartirá por cuadernos de 32 páginas, en buen papel y esmerada impresion.

Sin embargo del lujo de la edicion, el precio de cada cuaderno sólo será

UN REAL EN TODA ESPAÑA

Se repartirá un cuaderno semanalmente; pero los señores suscritores que en vez de un cuaderno quieran recibir dos ó más, pueden indicarlo al repartidor y serán complacidos.

LÁMINAS DE REGALO

En el trascurso de la publicacion recibirán los señores suscritores excelentes láminas, que representarán los principales episodios de esta importantísima obra.

Está terminada, y su precio es 56 reales en toda España.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—Administracion: calle de la Esgrima, núm. 2, 2.°, donde se dirigirán todos los pedidos y reclamaciones.

860.82
Sp24
v.478
c.2

REMOTE STORAGE

FAUSTO.

11-143
478:1

FAUSTO.

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO,

ESCRITO POR

D. FRANCISCO JAVIER COBOS,

SOBRE UN EPISODIO DEL POEMA ALEMAN

DEL MISMO TÍTULO.

A su amigo Rafael Linares,
Fran.co J. Cobos.

GRANADA.

IMPRENTA DE D. F. VENTURA Y SABATEL,
IMPRESOR DE SS. MM.
1866.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los Teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales y agentes de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares, y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Á LA EXCMA. SRA.

D.ª LORENZA FERNANDEZ DE VILLAVICENCIO

CORRAL Y CAÑAS,

MARQUESA DEL SALAR, CONDESA DE BELMONTE DE TAJO, Etc., Etc.

Poniendo este drama bajo la proteccion de V., aspiro, Señora, á que vaya escudado, al aparecer impreso, con el triple poder de la hermosura, del talento y de la posicion social, nobilísimos dones que Dios se ha complacido en derramar á manos llenas sobre V., que tan buen uso sabe hacer de ellos; cumplo, al mismo tiempo, un deber de gratitud, que mi corazon se complace en reconocer y publicar.

Permítame V., pues, que ponga su ilustre nombre al frente de mi obra, persuadido de que él será la sola y única belleza que entre sus páginas encierre.

FRANCISCO JAVIER COBOS.

A la Excma. Sra.

D.ª LORENZA FERNANDEZ DE VILLAVICENCIO

CORRAL Y CAÑAS,

MARQUESA DEL SALAR, CONDESA DE BELMONTE DE TAJO, ETC., ETC.

Y omitiendo pues tratar bajo la protección de V., señora, é que haya escudado al aparecer impreso, con el sumo poder de la hermosura, del talento y de la posición social, notabilísimo cuanto que dicho se ha complacido en derramar a manos llenas sobre V., que tan buen uso sabe hacer de ellos, cumplo, al mismo tiempo, un deber de gratitud, que mi corazon se complace en reconocer y publicar.

Permítame V., pues, que ponga su ilustre nombre al frente de mi obra, persuadido de que el será la sola y única belleza que entre sus páginas encierre.

FRANCISCO JAVIER LOBO.

ADVERTENCIA.

Escrito este drama en poco tiempo y con objeto de que se ejecutara en el Teatro Principal de Granada en una época fija, se presenta al público sin pretensiones de ninguna especie, aunque con una sancion favorable, adquirida en esta Ciudad y en los teatros Principal y de la Princesa de Valencia. Inspirado por la primera parte del Faust del inmortal Goethe, hemos tenido especial cuidado en conservar las ideas culminantes, las frases enérgicas, los magníficos y profundos pensamientos del poema aleman, en cuanto nos lo han permitido la índole del idioma, las dificultades de la rima y las conveniencias escénicas. Otra cosa la hubiéramos creido una profanacion.

Además, al llevar á la escena el episodio de Margarita, no podiamos olvidar la popular partitura del famoso Gounod, y aspiramos desde luego á que las deliciosas armonías del Maestro francés prestaran movimiento, pasion é interés á nuestros cuadros, uniendo en artístico maridaje la música y la poesía. Para esto necesitábamos dos cosas: conservar las principales situaciones del libreto de los Señores Barbier y Carré, sobre el cual escribió Gounod, y contar con un Maestro cuyo entusiasmo y

conocimientos en el arte fuesen una garantía de acierto, al armonizar las situaciones musicales con las dramáticas. Hicimos lo primero aun á riesgo de no merecer perdon ante los ojos de la crítica, y encontramos el segundo en nuestro amigo D. Antonio de la Cruz, cuyos profundos conocimientos musicales corren parejas con su delicado tacto y buen gusto. Á él se debe, sin duda, la impresion favorable que muchos cuadros del drama hacen en el público. Tenemos una satisfaccion en declararlo así ante todo el mundo.

Antes de concluir es muy justo consignar el nombre de la Señorita D.ª Elisa Boldun, y los de los Señores D. Victorino Tamayo y D. Rafael Calvo, encargados respectivamente de los papeles de *Margarita*, *Mefisthófeles* y *Fausto*, y especialmente el del Sr. Tamayo, por la propiedad y el talento con que caracterizaron aquellos personajes; sírvales este recuerdo como testimonio de cariño y de simpatía.

FAUSTO.

PERSONAJES.

Margarita.	Almayer.
Martha.	Doncella 1.ª
Mefistófeles.	Doncella 2.ª
Fausto.	Soldado 1.º
Siebel.	Soldado 2.º
Valentin.	Estudiante 1.º
Brander.	Estudiante 2.º
Frosch.	

Estudiantes, soldados, hombres y mujeres del pueblo, ángeles, etc.

SIGLO XIV.

ACTO PRIMERO.

Habitacion de Fausto.—Sala gótica de bóveda elevada y estrecha, cerrada al fondo.—Á la izquierda una ventana ojiva de gran altura.—Á la derecha una puerta que figura comunicar con la calle.—En las paredes y esparcidos por la habitacion objetos extraños de matemáticas, astrología y nigromancia.

ESCENA PRIMERA.

FAUSTO, *sentado á una mesa, donde habrá multitud de libros grandes en pergamino, papeles y animales raros disecados.—Casi perdida entre ellos una pequeña lámpara, única luz que alumbra la escena.—Despues* SIEBEL.

FAUSTO. En el nombre de Dios. *(Leyendo.)*
(Declamando.) Siempre este nombre,
llenando con su lumbre soberana
desde el oscuro abismo del vacío,
donde los mundos rápidos voltean,
hasta la estrecha inteligencia humana
á quien las sombras sin cesar rodean.
Dios es y fué, como será mañana;
y á su mirada ardiente,
ni el pasado se vela entre las brumas
del polvo de los siglos,
ni el porvenir existe, ni el presente.

Misterio que devora mi existencia
es el Ser inmortal, de cuya esencia
luz toma mi razon, que desvaria
por la punzante duda espoleada.
¡Orgullo y vanidad....! Esa es mi ciencia:
humo, mentira, nada!
Sin principio ni fin..... ¡Oh duda horrible!
¡Misterio incomprensible,
desconocido para mí, siniestro....!
(Llaman á la puerta de la derecha.)
¿Quién mi silencio turba?

SIEBEL. *(Entrando.)* Yo, maestro.

FAUSTO. ¿Por qué á tal hora ante el maestro llega
tu planta juvenil? ¿De cuándo el mozo *(Se levanta.)*
deja las horas que á gozar convidan,
al placer y al amor tributo niega,
y busca la mansion en donde anidan,
en consorcio severo,
la ciencia helada y el precepto austero?

SIEBEL. Desde que el triste jóven no comprende
por qué libra su alma
sordo, devorador, rudo combate,
que con fuego infernal su pecho enciende,
ó con soplo glacial su pecho abate.
Yo padezco, y no alcanza
mi inteligencia ruda,
por qué á veces me alienta la esperanza,
y otras me rinde la punzante duda.
Sumergida en tinieblas mi conciencia,
la luz viene buscando de tu ciencia.

FAUSTO. ¿Tú tambien desgraciado? ¿Quién impío
de tu edad marchitó las ilusiones?
¿Cómo el aliento frio
del desengaño circuló en tus venas,
cambiando en tormentosos vendabales
las dulces horas del placer serenas,

y los primaverales
deseos que, con mágica armonía,
arrullan placenteros
la juventud dichosa
al brotar de la rica fantasía?
Habla, te escucho, Siebel. *(Sentándose.)*

SIEBEL. Temblorosa,
de tus palabras al calor suave
viene á abrirse mi alma,
como al beso del sol se abre la rosa.
Muy niño aun, abandoné la calma
del paternal asilo, y esquivando
los fútiles recreos
de la florida juventud primera,
ocupacion busqué grave y severa
en profundos estudios. Mis deseos
mas caros, mi ventura
cifré tan solo en merecer la gloria
que el sabio alcanza, y que á la edad futura
lega en eternas páginas la historia.
Mi libro fué mi Dios. Ante mi vista
naturaleza entera abrió su seno,
y allí encontré, desde la seca arista
que impalpable en el éter libre flota,
hasta el astro gigante de luz lleno
que mide en raudos giros
de los espacios la region ignota.
Yo sorprendí al formarse el pensamiento,
y analicé sus partes: de la vida
el misterio aprendí: fijo y atento
del corazon conté las pulsaciones:
el influjo estudié de las pasiones,
y busqué la verdad mas escondida,
y alumbraron mi jóven existencia,
brotando de tus mágicas lecciones,
los inefables rayos de la ciencia.

Y era feliz: la sed que devoraba
mi ruda inteligencia,
en tu voz ó en los libros apagaba;
y oyendo tus lecciones, ó estudiando,
mi juventud así se deslizaba,
ansiosa un mas allá siempre buscando.
Mas una tarde, en que el cerebro ardiente
se negaba á pensar, triste y cansado
abandoné el silencio de mi estancia,
ansiando respirar mas puro ambiente,
del prado y de la selva la fragancia,
y á los campos corrí: valles y montes
crucé, sin llevar norte ni camino,
siempre en busca de nuevos horizontes,
cuando por suerte, ó por desgracia impía,
á una granja condújome el destino.
Era la hora en que, muriendo el dia,
arroja sobre el mundo, misteriosa,
vaga melancolía,
y en que todo mortal ora ó reposa.
Del fondo de mi alma, religiosa
inspiracion alzóse; hondo suspiro
de amor brotó del corazon ardiente,
y al perderse en el aire en vago giro,
de la vecina loma en la pendiente,
como sombra evocada en un conjuro,
ante mí de repente
ví surgir, destacándose en lo oscuro,
una mujer, en cuya pura frente,
brillaban con destellos soberanos
los últimos reflejos del poniente.
Honda emocion sentí: latió violento
mi corazon; turbóse mi mirada;
y en éxtasis dulcísimo arrobada
el alma, contempló la imágen pura
que, cual vision fingida,

perdióse en un momento
del bosque en la espesura.
¿Qué pasó por mi ser, qué grato influjo,
qué sensacion profunda
á tal extremo mi razon redujo?
No lo sé; pero cuando
ya el sol iluminaba
las altas cumbres con su luz fecunda,
aún mi vista buscaba
la vision celestial, aún aspiraba
mi pecho embriagado
el aire perfumado
con el divino aliento
de la ideal y púdica belleza:
aún débil mi cabeza
creia delirar, y el alma mia
inundaban al par crudo tormento
y celestial y plácida alegría.
Desde entonces, maestro, vivo solo
de aquel recuerdo mágico y querido,
que alumbra mi razon ó me enloquece,
que hace brotar en mí nuevo deseo,
que amarga mi existencia ó la embellece.
¡Recuerdo seductor! ¡Recuerdo impío,
que no pueden borrar de mi memoria
ni el estudio severo,
ni el santo afan de gloria,
antes único amor del pecho mio!
¡Creacion de un infausto desvarío
que diviniza audaz mi pensamiento,
huye de mí un momento!
¡Déjame por piedad, duda inclemente:
arranca de mi frente
este ardor de insensata calentura!
¡Ilusion engañosa,
no me anegues en ondas de ventura;

no me alientes con sueños seductores,
para gozarte luego en mis dolores!
Y tú, sabio doctor, á cuya ciencia
nada se esconde, dime
qué es esto que devora mi existencia.
Vierte luz en mi alma tenebrosa
con tu inspirado acento.
Dime por qué me acosa
sin tregua este deseo violento:
dime por qué me anima la esperanza
ó me hiela el temor. ¿Qué sentimiento
es este que á la vez mata y da vida?
Responde, noble anciano:
derrame ya tu mano
bálsamo bienhechor sobre la herida
que en este pecho abrió sino funesto.
Respóndeme por Dios, habla, ¿qué es esto?

FAUSTO. Amor, sublime amor.

SIEBEL. ¿Amor digiste?
¿Cómo obra esa pasion en los sentidos
que á su dulce influencia
despiertan los instintos adormidos,
en otra trasformando la existencia?

FAUSTO. Es ley universal á que obedece
cuanto del sumo Dios recibe aliento,
y á cuyo solo acento
el mundo se estremece.
Enlaza amor la creacion entera;
en sus órbitas mil los orbes guia
del uno al otro polo de la esfera,
y sus delicias el celeste coro
canta con inefable melodía,
llenando el universo de armonía.
Ya el alma arroba con ensueños de oro,
ya la destroza con dolor profundo,
que es cuna y tumba, al par, de los placeres:

y con su aliento mágico y fecundo,
hace brotar los séres de los séres.
Tal es el fuego que en tus venas arde.
De la vida la rica primavera
atraviesas dichoso, y en su llama
de puros y vivísimos colores
tu sangre juvenil loca se inflama.
Hoy tu frente acarician los amores
en enjambre risueño y bullicioso,
sembrando de placeres
de la vida el camino trabajoso.
Corre á pedir la dicha á las mujeres;
que pronto el tiempo con su mano fria
sobre tí arrojará penas insanas,
y adornará implacable cual la mia
tu frente con la nieve de las canas.

SIEBEL. Gracias, maestro: tus conceptos sábios
nuevos bríos infunden á mi aliento.
Ya siento palpitar entre mis labios
palabras de dulcísima ternura
con que cantar la célica hermosura
que ocupa sin cesar mi pensamiento.
Amor, divino amor es el que siento;
su aroma regalado el que respiro,
su ardiente pulsacion la que en mí late,
su queja de placer es mi suspiro.
Tu me darás las armas del combate
y saldré victorioso. ¡Ella me espera!
Echada está la suerte!

FAUSTO. Sé en la batalla fuerte.

SIEBEL. Huya el presagio lúgubre y siniestro.
Voy mi jóven y rica primavera
á gozar...

FAUSTO. A vivir!

SIEBEL. Á amar, maestro!

(Siebel se aleja dominado por la emocion, y como trasfigurado por el amor. Fausto le contempla con sonrisa amarga y dolorosa. —Pausa.)

ESCENA II.

FAUSTO.

¡Á gozar! ¡Á vivir! Y yo impotente,
amarrado á este débil esqueleto,
vana ciencia soberbio devorando
ansioso de saber, vivo muriendo!
¿Hasta cuando ¡ay de mí! cárcel oscura
ha de ser este mísero agujero,
de un alma que á regiones infinitas
en busca de la luz tiende su vuelo?
Yo aprendí cuanto al mundo le enseñaron
poetas y doctores y maestros.
De cuanto al hombre mas espanto causa,
yo, sábio entre los sábios, nada temo,
y ni mi vida la esperanza alumbra,
ni los placeres arden en mi pecho.
Tras una vida entera de trabajo
triste abandono y soledad encuentro;
que esquivan todos la mansion sombría
del ágrio estudio y del mortal silencio.
Ah! si la fuerza del Poder sublime
me revelara todos sus misterios,
mi parte de placer pidiera al mundo,
jóven, altivo, varonil, soberbio,
y sacudiendo el peso de los años,
de esa luna á los plácidos reflejos,
yo trepara á las altas cordilleras,
yo descendiera á los profundos senos
del turbulento mar; ágil flotara
en sus pintadas grutas con los genios

del placer guardadores, y mi labio
fuera á beber en el marmóreo pecho
de púdica y bellísima doncella,
en ondas de ternura, amor excelso.
Juventud, juventud....! yo te saludo
y en tu perfume celestial me anego,
que aun atada á estas viejas ligaduras.
dan combate á mi alma los deseos!
—¿Mas qué delirio mi razon se finge
caduca y miserable? ¿Por qué el viejo
torna al pasado los cansados ojos,
evocando de amor dulces recuerdos?
¿Qué me queda en el mundo? Luto y llanto:
de la muerte implacable el dulce sueño
que me llama hácia sí con voz tranquila,
impulsando mi alma hácia el inmenso
desconocido Océano, que se extiende
á mis piés con pausado movimiento,
y que me brinda playas ignoradas
donde he de hallar el suspirado puerto
Sea, no mas dudar.

(Se dirige á un armario y saca de él una redoma y una copa, que llena del licor contenido en la primera.)

Licor precioso,
copa donde bebieron mis abuelos,
tú que tanto has brillado en los festines,
Rhin espumoso al huésped ofreciendo,
hoy abres para mí del infinito
el espacio sin límites ni término,
y yo á mi vez consagro esta solemne
libacion á la aurora del dia nuevo.

(Va á beber; óyese á lo lejos el coro que canta las siguientes estrofas, y se detiene escuchando.)

CORO, *dentro.* Rompamos del sueño
el negro estupor.

que ya alumbra puro
los campos el sol.
La alondra ya canta
su linda cancion:
la rosa entreabre
su rojo boton,
el aura su aroma
aspira en la flor,
y toda natura
nos brinda el amor.

(Cesa el coro.)

FAUSTO. Vanos clamores del placer humano,
huid de mí; no turbe vuestro acento
este instante inefable en que mi alma
quebrantando su cárcel vuela al cielo.
No mas duda cobarde: de la muerte
busco el tranquilo sepulcral silencio,
y me lo ofrece el fondo de esta copa...
¿Por qué mi frente late? ¿Por qué tiemblo?
Ven á mis manos, copa de ventura,
é inicia mi razon en tus misterios.

(Intenta beber por segunda vez, cuando le impresiona y detiene de nuevo el canto.)

CORO, *dentro.* La nueva aurora
el campo inflama;
ya lo colora
con roja llama.
¿Por qué tardamos?
Todos corramos;
al campo vamos
á trabajar.
Sereno el cielo,
la tierra hermosa,
la aurora el campo
viste de rosa.
La esfera límpida,

azul se ve.
¡Gloria al Eterno,
supremo bien!

Cesa el coro.

FAUSTO. ¡Gloria al Eterno cantan con fe ciega!
Yo tambien cantaré gloria al Eterno!
Mas ¿qué ha de hacer por mí? ¿Daráme amores,
riquezas, juventud, la fe á mi pecho?
No, imposible...! Imposible, y lo ambiciono!
Es imposible, y sin embargo, quiero.
¡Oh! Maldigo mil veces la impotencia
de la vejez cansada, á quien el tiempo
enlaza con cadena de esperanzas
engañadoras que disipa el viento, *(Música.)*
como maldigo el fausto, y los placeres,
y el amor, y la fe; que ya en mi pecho
la desesperacion ardiente ruge
la venganza evocando del infierno.
¡Espíritu del mal, surge á mi vista!
¡Ven á mí, Satanás!

MEFISTÓF. Héme aquí.

FAUSTO. ¡Cielos!

(Aparece Satanás bajo la figura de Mefistófeles.)

ESCENA III.

FAUSTO *y* MEFISTÓFELES.

MEFISTÓF. Tengo el honor de saludar al sábio
que sudar al demonio tanto ha hecho.
¿Tiembla, doctor, tu pecho,
y enmudece tu labio?
Pueril temor! Tu acento escuché altivo
que me llamaba aquí desesperado,
y aquí me tienes, con espada al lado,
rico traje y severo,

el aire noble y el aspecto hinchado
como cumple á un gallardo caballero.
¿Qué quieres, pues, de mí?

FAUSTO. Nada.

MEFISTÓF. Turbado
tu espíritu se halla en mi presencia!

FAUSTO. Es fuerte mi conciencia,
y no tiembla mi alma arrepentida;
vete, déjame en paz.

MEFISTÓF. ¡Ingrato amigo!
¿Al que viene á brindarte con la vida
de juventud y amor; al que despierta
tu sensacion dormida,
con mal humor le pones á la puerta?
¿Crees en mi poder?

FAUSTO. ¿Qué puedes darme?
Mentida dicha, pasajera, incierta;
en mezquinas pasiones
el débil pecho lúbrico inflamarme?
¿Ha habido entre vosotros, por ventura,
quien las aspiraciones
magníficas del hombre comprendiera?

MEFISTÓF. No conozco la ciencia verdadera;
pero sí muchas cosas que tú ignoras,
y que irás aprendiendo
al lento deslizarse de las horas.
Pero estamos perdiendo
tiempo que nunca recobrarse puede.
¿Quieres oro?

FAUSTO. Desprecio la riqueza.

MEFISTÓF. No tienes del avaro la flaqueza.
Pláceme ver que es grande tu deseo.
¿Ambicionas la gloria?

FAUSTO. Transitoria,
en este mundo de pasiones viles,
ha sido para mí siempre la gloria.

MEFISTÓF. ¿Apeteces poder?
FAUSTO. Lo que ambiciono,
vale mas que la gloria y la riqueza
y mucho mas que el esplendor del trono.
Yo quiero del amor y la belleza
los tesoros gozar con que á raudales
pródiga los dotó naturaleza.
Yo quiero en el ardor de las pasiones
abrasarme otra vez, los celestiales
trasportes del placer loco apurando.
En vez del hielo que en mis venas corre,
quiero sentir ardientes oleadas
de sangre juvenil, que el blanco mate
de mi rugosa y pálida mejilla
torne en rojo carmin: que mis cabellos
secos y encanecidos
por el tiempo inclemente,
en rizos ondulantes y sedosos
desde la erguida frente
hasta la espalda caigan esparcidos;
que el alma mia de placer ansiosa,
apure embriagada
del deleite la copa perfumada;
que el oprimido corazon quebrante
su lóbrega clausura;
que un porvenir de gloria y de ventura
el vivo sol de mi esperanza alumbre;
y henchido de poder, de fuerza y brío,
á mis piés contemplar desde alta cumbre,
con toda su grandeza el mundo mio!
MEFISTÓF. ¡Bravo, sábio doctor! Pues tú lo quieres
y á servirte me allano, pronto sea.
Juntos apuraremos los placeres;
y esclavo servicial de tu capricho,
cuanto tu sed hidrópica desea
mi poder te dará; lo dicho, dicho.

Pero ya que obediente
á tu existencia enlazo mi existencia,
hallo justo, doctor, y conveniente,
para tranquilidad de tu conciencia,
que unas líneas me firmes, en que digas
que en pago de mi dócil complacencia
mi esclavo á ser te obligas.
Escribe.

FAUSTO. Sea.

MEFISTÓF. Mas te advierto antes
que has de escribir con sangre.

FAUSTO. Nunca. Rota
mi obligacion contigo miraria.

MEFISTÓF. Sé galante, doctor, basta una gota.

FAUSTO. Lo rechaza mi fe. *(Música.)*

MEFISTÓF. Pedantería
es ya tu oposicion.

(Fausto va á escribir, pero titubea y se detiene.)

FAUSTO. Tiembla mi mano,
y se niega á trazar los caractéres
que han de acusar mi esclavitud escrita.

MEFISTÓF. Escribe.

FAUSTO. No, jamás.

MEFISTÓF. Duda tu alma...
Mira á la juventud como te invita.

(Ábrese el fondo, y deja ver á Margarita hilando, sentada á la puerta de su casa, destacándose en un fondo alegre y luminoso que contraste notablemente con la severidad del gabinete de Fausto.)

FAUSTO. *(Contemplando el cuadro con entusiasmo.)*
¿Qué imágen celestial es la que veo?
¿Qué mujer hechicera
es esa, superior á mi deseo,
en cuya pura frente
brilla casta aureola de hermosura,

mientras irradia su pupila ardiente
rayos de amor en ondas de ternura?

MEFISTÓF. Es la niña inocente,
es la tórtola cándida, que pura
dará su amor, su alma y su belleza,
al que la cubra con tejidos de oro,
ó adorne con diamantes su cabeza,
ó la engañe villano.
Firma ese pacto con segura mano,
y déjame en la pista del tesoro
que he de entregarte intacto.

FAUSTO. Toma, pues. *(Despues de firmar.)*

MEFISTÓF. Está bien; firmado el pacto.
Eternamente mio. Mas por ella
á apurar esta copa ahora te invito.

FAUSTO. Por tí, mujer idolatrada y bella!
(Tomando la copa que está sobre la mesa.)

MEFISTÓF. *(Tomando la jarra.)*
Por la mansion del fuego donde habito;
donde á la muerte helada
ni imperio se le da ni tiene entrada,
y á donde van caminos perfumados
del vicio con las flores alfombrados!

(Al beber Mefistófeles, se escapa una ligera llama de la jarra: la vision desaparece y Fausto queda trasformado en un jóven apuesto y elegante.)

FAUSTO. Ah! mi ángel tutelar! *(Al ver que ha desaparecido la vision.)*

MEFISTÓF. Ven.

FAUSTO. ¿La veremos?

MEFISTÓF. Muy pronto.

FAUSTO. ¿Hoy mismo?

MEFISTÓF. Cuando tú lo quieras.

FAUSTO. Vamos, que ya mi corazon palpita

de amor y juventud al sacro aliento.
Amor, divino amor es el que siento;
su aroma regalado el que respiro;
su ardiente pulsacion la que en mí late;
su queja de placer es mi suspiro.
Tú me darás las armas del combate
y saldré victorioso. ¡Ella me espera!
¡Echada está la suerte! *(Música.)*

MEFISTÓF. Sé en la batalla fuerte!

FAUSTO. Deja el presagio lúgubre y siniestro.
Voy mi jóven y rica primavera
á gozar, á vivir!

MEFISTÓF. Á amar, maestro.

(Sale Fausto.— Mefistófeles le contempla un momento con una sonrisa infernal que prolonga hasta convertirse en una ligera carcajada.)

ACTO SEGUNDO.

Afueras de Leipzic: á la izquierda del actor se descubren las últimas casas de la ciudad: á la derecha, en primer término, la fachada exterior de la taberna de *Auerbach*, sobre cuya puerta y á una altura conveniente se ve una muestra pintada que representa al dios Baco: en segundo término árboles y vegetacion frondosa: al fondo campiña risueña.

ESCENA PRIMERA.

Aparece poblado el teatro de grupos de estudiantes, aldeanos, doncellas, soldados, etc. Delante de la puerta de la taberna, sentados á una mesa y bebiendo y disputando, se encuentran FROSCH, BRANDER *y* ALMAYER. *Las demás mesas están ocupadas por estudiantes y aldeanos.*

ESTUD. 1.° ¡Á beber!
IDEM 2.° ¡Á beber!
IDEM 1.° Brille
hirviente el Rhin en las copas,
y el ruido de las canciones
los vientos alegre rompa!
¡Viva el vino!
IDEM 2.° ¡Viva el vino,
y en tintos raudales corra,
mientras á la libertad
alzo cancion patriótica!

¡Viva, pues, la libertad
de nuestra Alemania diosa!

IDEM 1.° ¡Y el vino, de los borrachos
alma, luz, encanto y gloria!

SOLD. 1.° ¡Vivan las rudas batallas,
y las doncellas hermosas!

IDEM 2.° ¡Vivan; y fuertes domando
de la guerra las derrotas,
desdenes y cuchilladas
convirtamos en victorias!

IDEM 1.° Y cuando vencidas sean,
nuestra fuerza les imponga
como tributo de amores
caricias embriagadoras.

DONC. 1.ª *(Señalando á los estudiantes.)*
No os alejeis, compañeras:
mirad cuantas mariposas
la flor de nuestra hermosura
ávidas de amores, rondan.

IDEM 2.ª ¡Estudiantes y soldados!
¡Gran pesca para una boda!

SOLD. 1.° Eh! camaradas! ¿No veis
cuantas doncellas graciosas
andan hoy tras del amor?

DONC. 1.ª *(Á las demás.)* Ya han reparado en nosotras

SOLD. 2.° ¡Calla, es verdad! ¡Vive Cristo,
y qué lindas que son todas!

IDEM 1.° Llenos de ardor nuestros pechos
marchemos á la victoria.

VARIOS. ¡Al asalto!

OTROS. ¡Á la conquista!

ESTUD. 1.° ¡Halcones, á las palomas!
(Todos rodean el grupo de doncellas.)

DONC. 1.ª Despacio, señor soldado!

SOLD. 1.° Vamos, no seas desdeñosa.

DONC. 1.ª No es mi corazon muralla

que por asalto se toma.

ESTUD. 1.° Dice bien: con las mujeres
hay que usar de ciertas formas.

SOLD. 2.° Sitiémoslas por amor
que así rendirlas se logra.

(Sigue el grupo aparte, pero con animacion.)

FROSCH. ¿No hay ya quien quiera beber
ni reir? ¡Vaya una broma!
Está visto, no servís
para maldita la cosa.

BRANDER. Tú tienes la culpa.

FROSCH. ¿Yo?

BRANDER. Tú, puesto que no colocas
sobre el tapete una piedra
de escándalo, ni...

FROSCH. Pues toma,
ahí la tienes. *(Arrojándole el vino á la cara.)*

BRANDER. ¡Miserable!

(Se levanta en actitud amenazadora.)

ALMAYER. ¡Afuera los que alborotan!
Para reñir, á otro sitio,
que este no es bueno, ni es hora.

BRANDER. Dadme, por Dios, algodones,
que el maldito me destroza
el tímpano con sus gritos.

FROSCH. Y tiene razon de sobra:
el que empiece á incomodarse,
fuera, que aquí nos estorba.
Yo voy mientras tanto, amigos,
á componer una oda:
«¿Cómo aun puede subsistir
«el gran imperio de Roma..?»

BRANDER. Nada, nada de política *(Interrumpiéndole.)*
ni de canciones patrióticas:
cantemos á nuestras bellas
que es lo que mas nos importa.

FROSCH. No me disgusta el asunto.

BRANDER. «Ruiseñor que entre las frondas *(Con entonacion enfática.)*
«de la enramada sombría
«tus ayes de amor entonas,
ve á saludar á mi amada...»

ALMAYER. *(Que le interrumpe.)* Deja tu saludo ahora
si no quieres fastidiarnos
con tus canciones eróticas.

BRANDER. Yo saludo á mi querida...

ALMAYER. Salúdala en verso y prosa
cuanto quieras: su belleza
y sus encantos pregona,
que no dejará por eso
de engañarte á todas horas
como á mí. Cuando te vea
sin un florin en la bolsa,
ya se buscará otro amante.....
de seguro, así son todas.

BRANDER. Silencio, allí viene Siebel.

ALMAYER. Qué pensativo...

ESCENA II.

Dichos y SIEBEL, *que atraviesa por entre los grupos pensativo y meditabundo.*

FROSCH. ¡Hola, hola!
Poeta de los jardines,
cantor de las enramadas,
¿compones algun idilio?

SIEBEL. ¡Ah! Perdonad: tengo el alma
desgarrada por la pena,
y mi fantasía nada
puede evocar que recuerde

las risueñas y las gratas
escenas de nuestra vida.

BRANDER. ¿Pero cuál es tu desgracia?
¿Qué pena te aflige, Siebel?

ALMAYER. ¿No podremos remediarla?

SIEBEL. Es irremediable, amigos.

FROSCH. Somos compañeros, habla:
nuestra bolsa y nuestro brazo
son tuyos.

SIEBEL. Ya lo se: gracias.
Pero ni vuestro valor,
ni vuestra bolsa, ni nada
es bastante á mitigar
de mis pesares la causa.
Escuchadme: Margarita,
la niña mas bella y casta
de nuestro canton; aquella
á quien las madres señalan
á sus hijas por modelo;
la que los esposos aman,
y los amantes envidian;
la que en toda la Alemania
no tiene rival, se queda
huérfana y abandonada,
porque Valentin su hermano,
su único apoyo, se marcha
como soldado á la guerra
á pelear por su patria.

BRANDER. ¿Y es eso lo que te aflige?
Pon á tus pesares calma:
nosotros, todos nosotros
la aceptamos como hermana,
y por ella velaremos.

SIEBEL. ¡Ay amigos! Vuestra hidalga,
vuestra noble proteccion,
empañaria su fama

ante los ojos del mundo.

FROSCH. ¡Ay del que impío una mancha
se atreva á echar en su honra!

ALMAYER. Al infame que esto osara
le arrancaria la lengua!

SIEBEL. Bien, Almayer: no esperaba
de tu noble corazon
otra cosa; mas no bastan
nuestros deseos: ¿creeis
que conviene á una muchacha
hermosa como la luna,
como el sol, como del alma
las primeras ilusiones,
y pura cual la mirada
de un ángel, el patrocinio
de cuatro estudiantes...

FROSCH. Calla,
es verdad....!

SIEBEL. Entre los cuales
está el hombre que la ama?

ALMAYER. Tienes razon.

SIEBEL. Esa es
de mis pesares la causa.
Margarita, pobre niña
de todos abandonada,
teniendo por guardadora
únicamente, á esa Martha,
vieja servil...

BRANDER. Y egoista:
capaz de vender su raza
al diablo, por un florin,
si el diablo se la comprara.

SIEBEL. Mas ved: Valentin se acerca...
Silencio.....

BRANDER. Ni una palabra.

ESCENA III.

Dichos y VALENTIN *que se acerca lentamente por el fondo, trayendo en la mano una medalla de plata.*

VALENTIN. ¡Oh veneranda medalla,
don de una hermana querida!
Tú protegerás mi vida
en los campos de batalla.
Tú serás el talisman
que me libre de la muerte;
y si morir es mi suerte,
sobre mí te encontrarán.

FROSCH. ¡Eh, Valentin!

VALENTIN. ¡Compañeros!
Amigos del alma mia,
busco vuestra compañía
para daros los postreros
abrazos: voy á lidiar,
defendiendo en faz de guerra
nuestra patria, nuestra tierra...

BRANDER. Quien así la sabe honrar
es un valiente soldado.

TODOS. ¡Viva!

VALENTIN. Emprendo la jornada
con el alma acongojada
y el corazon destrozado.

ALMAYER. ¿Comienzas á entristecerte?
Sin causa al valor abates,
que al valiente en los combates.
siempre respetó la muerte.

VALENTIN. No temo la peligrosa
lucha, ni morir tampoco;
que una vida vale poco

ante una muerte gloriosa.
La patria es madre querida
á quien la vida debemos,
y es muy justo que le demos
á nuestra madre la vida.
Cuando la trompa guerrera
llena con su ronco son
de la patria la extension,
y nos llama á la frontera;
cuando el incendio voraz
pueblos consume y ciudades,
y son nuestras heredades
del enemigo rapaz,
¿qué muerte mas envidiada,
ni mas bella se concibe
que aquella que se recibe
por la patria idolatrada?
Fuera el cobarde temor
y brille el cortante acero;
digna tumba del guerrero
es el campo del honor.
Y el que en el pecho no aliente
un corazon bien templado,
que sepulte avergonzado
en el polvo vil la frente;
que si á la patria querida
vida y honra le debemos,
merece la consagremos
á un tiempo la honra y la vida.

BRANDER. ¡Bien! Jamás hemos dudado
de tu puro patriotismo,
que es tu corazon, el mismo
sentimiento dilatado.

VALENTIN. Sí: pero hoy al dejar
estos queridos lugares,
amargos son mis pesares,

pues tengo que abandonar
tambien á mi Margarita;
esa hermana á quien adoro,
porque es mi único tesoro
en esta tierra bendita.
Huérfana, sola y aislada,
al morir, niña inocente,
mi madre con voz doliente
me la dejó encomendada;
y aun vaga triste en mi oido
su voz que el mundo dejaba,
como un rezo que espiraba,
como un suspiro perdido.
De Margarita he guardado
la tierna infancia, y la guerra
me separa de esta tierra
y me aleja de su lado.

SIEBEL. Calma, Valentin, tu afan
y tus pesares crueles,
pues dejas amigos fieles
que por ella velarán.

BRANDER. Si.

ALMAYER. Si.

VALENTIN. Gracias, compañeros:
gracias, Siebel: tu amistad
compite con la lealtad
de estos amigos sinceros.
¡Mas qué diablos! La tristeza
desechemos ante todo,
y así hallaremos el modo
de olvidar nuestra flaqueza.
Y antes que darnos podamos
el adios de despedida,
venga un trago por mi vida.
Bebamos todos.

TODOS. Bebamos.

ESCENA IV.

Dichos, MEFISTÓFELES *y* FAUSTO *por el fondo.*

MEFISTÓF. Debo, doctor, ante todo
presentarte en sociedad.
Verás cuan cómodamente
el hombre puede pasar
su vida: con cortas dósis
de alcance intelectual,
y mucho de desvergüenza
y osadía, cada cual
hacer virtud del engaño
cómo pretende verás,
burlándose para ello
del amor, de la amistad,
y de todo lo mas noble
que hay en la tierra. Girar
has de ver á cada uno
en su círculo.... social,
tras una cosa sin nombre,
tras la vana realidad
de un anhelado fantasma
que no alcanzará jamás.

BRANDER. Ved allí dos extranjeros.
(Reparando en Fausto y Mefistófeles.)

MEFISTÓF. Obsérvalos tú. *(Por el grupo de bebedores.)*
Con tal
que esté la cabeza fria
y el huésped quiera fiar,
viven contentos y alegres...
¿Qué mayor felicidad..?

FROSCH. ¡Con cuánta atencion nos miran!

BRANDER. Son viajeros.

SIEBEL. Y á juzgar

por su altivez y su porte,
ambos son de calidad.

FROSCH. Soy de tu misma opinion.
¡Honor á nuestra ciudad
que es un segundo París!

ALMAYER. Déjame hacer: ya verás
como logro con un brindis
desenmascararlos... ¡ah!

(Se dirige á ellos con una copa en la mano, pero retrocede ante la mirada infernal de Mefistófeles.)

MEFISTÓF. Ja... ja... ja... los hombres nunca
recelan de Satanás
aunque pegado lo lleven
á su cuerpo.

ALMAYER. (¿Quién será?)

MEFISTÓF. ¿Nos permitireis sentarnos *(Á los bebedores.)*
junto á vosotros, y ya
que no bebamos buen vino,
gocemos vuestra amistad?

VALENTIN. Sentaos, que es la Alemania
tierra de hospitalidad.

MEFISTÓF. *(Sentándose. Fausto vaga por la escena: de cuando en cuando se acerca á la mesa.)*
Gracias, porque así podremos
tranquilamente admirar
esta magnífica bóveda
de verdura.

FROSCH. ¿Sois quizá
artistas?

MEFISTÓF. No: nuestros méritos
son bastante escasos; mas
nuestra aficion á las artes,
y con especialidad
á ciertas artes, es mucha.

FROSCH. ¿Sois extranjeros?

MEFISTÓF. Cabal.

Extranjeros que viajamos
solo por curiosidad.

BRANDER. ¿Y de qué tierra?

MEFISTÓF. De España.

ALMAYER. Soberbia tierra!

MEFISTÓF. Verdad.

FROSCH. Tierra del buen vino.

MEFISTÓF. Sí:
del buen vino, y además
de romances y de cuentos.

VALENTIN. *(Á Siebel.)* ¡Qué huésped tan singular!

BRANDER. Pues vaya, contadnos algo.

MEFISTÓF. Estoy dispuesto á contar
cuanto querais.

BRANDER. Una historia,
si no abusamos.

MEFISTÓF. No tal.
Solo aspiro á complaceros.

FROSCH. Venga, pues, una.

MEFISTÓF. Escuchad.
«Érase un rey que tenia
una pulga...

BRANDER. Ja, ja, ja...
¡Una pulga!

MEFISTÓF. Á quien queria,
como si formara ya
parte de su monarquía.
Como que la pulga era
objeto del real cariño,
mandó el rey se la vistiera
rico traje en que luciera
la seda, el oro, el armiño.
Y para darle el derecho
de ostentar nobles blasones,
de la grandeza á despecho,
mandó adornaran su pecho

nobles condecoraciones.
Vestida nuestra beldad
por tan extraño registro,
adquirió tal gravedad
y tan necia vanidad....
que parecia un ministro.
Su familia, al ver el porte
que ya se daba la bella,
cual de su fortuna norte,
siguió el ejemplo de ella
y se estableció en la corte.
Mas como apenas llegó,
el reino de noche y dia
á rascarse comenzó,
el pueblo se rebeló
contra aquella tiranía.
Y entonces, para escarmiento
de validos... chupadores,
diéronla muerte al momento...
¿Qué tal? ¿Comprendeis, señores,
la moraleja del cuento?»

FROSCH. ¡Bravo, bravo! el primer dia
así debieron obrar.

SIEBEL. Y suceder otro tanto
á las infinitas que hay
que mas que pulgas, son plagas
que infestan la sociedad.

ALMAYER. ¡Viva el vino, compañeros!
¡Viva el placer!

MEFISTÓF. Voto va!
De muy buena gana, un trago
en honra á la libertad
ahora echaria, si fuera
mejor vuestro vino.

SIEBEL. ¡Bah!
No oseis repetirlo, amigo.

MEFISTÓF. Si no lo tomara á mal
el patron, les ofreciera *(Dirigiéndose á Fausto.)*
un vaso, por Satanás,
de nuestra bodega, á estos
dignos compañeros.

BRANDER. Ya
podeis hacerlo.

FROSCH. Si, si,
venga el néctar singular
que nos ofreceis, veremos
si en franca sinceridad
merece nuestros elogios.
Yo no decido jamás
sino cuando estoy bebiendo.

ALMAYER. Sin duda alguna, será
vino del Rhin: ¿qué apostamos?
¿Acerté? *(Á Mefistófeles.)*

MEFISTÓF. Sí. Procurad
un taladro, compañeros.

BRANDER. ¿Un taladro? Voto á tal....
¿y de qué puede serviros
si aquí la cuba no está?

FROSCH. *(Trayendo una cesta con herramientas.)*
El huésped aquí ha dejado
esta cesta. ¿Bastarán
los útiles que contiene?

MEFISTÓF. *(Tomando el taladro de manos de Frosh.)*
Y sobran: decid, ¿de cuál
vino quereis?

FROSCH. ¿Tal surtido
teneis á mano? Ja, ja...

MEFISTÓF. Pida cada cual el suyo:
aquel que le guste mas.

ALMAYER. *(Á Frosch.)* Empiezas á relamerte.

FROSCH. Es un caso singular.
Me relamo: ¿por qué no?

Lo que fuere, ello dirá.
Yo pido vino del Rhin;
la santa patria, jamás
pudo producir lo malo.

MEFISTÓF. ¿Y vos? *(Á Brander.)*

BRANDER. Yo quiero *champagne*,
espumante, fermentado;
es difícil renunciar
á productos extranjeros,
si ellos son buenos, y mas
si no están á nuestro alcance:
un verdadero aleman
odia la Francia, y con todo,
bebe con risueña faz
esos vinos delicados
que produce.

ALMAYER. *(Á Mefistófeles.)* Confesar
debo que los vinos secos
no me gustan: procurad
para mí un vaso del dulce.

MEFISTÓF. Para vos haré brotar
el *tokai*.

ALMAYER. Me place, amigo:
venga *tokai*.

VALENTIN. *(Á Mefistófeles.)* ¿Os burlais
de nosotros? ¿El juguete
de vuestra burla falaz
nos habeis hecho? Miradme
cara á cara, voto á san...

MEFISTÓF. Por cierto que es peligroso
tan árdua empresa intentar
con vosotros, y tambien
muy difícil. Decid cuál
es el vino que quereis
y al instante brotará.

VALENTIN. No me gusta vuestro vino. *(Con repugnancia.)*

MEFISTÓF. Peor para vos. Escuchad. *(Á los demás.)*

(Haciendo raros gestos: los demás preparan los vasos y los acercan á los taladros que Mefistófeles ha estado haciendo en la mesa, durante el diálogo anterior.)

La viña produce uvas,
y cuernos tiene además
el macho cabrío; es el vino
un rocío sin igual,
grato, seductor: la cepa
dura como el bronce está.
¿Por qué, decidme, las tablas
de esta mesa no han de dar
perfumado y rico mosto?
Os juro, á fe de leal,
que es bastante que mi vista
lance su mirada audaz,
para que el raro prodigio
se produzca sin cesar.
Ahora, bebed, y bebed
á vuestro antojo: acercad.

(Saltan otros tantos surtidores de vino que reciben los bebedores en sus vasos.)

FROSCH. ¡Qué asombro!

BRANDER. ¡Qué maravilla!

SIEBEL. *(Que no bebe, á Valentin.)*
Es una magia infernal.

(Todos beben y al llevar los vasos á los lábios se escapa de cada uno una ligera llama.)

MEFISTÓF. *(Mirando la mano de Brander.)*
¡Qué pena me causa, amigo,
ver en vos esa señal!

BRANDER. ¿Por qué?

MEFISTÓF. Porque es un presagio
de vuestra suerte fatal:
si acaso vais á la guerra
de seguro os matarán.

SIEBEL. ¿Conoceis, pues, el destino?
MEFISTÓF. *(Tomándole la mano.)*
¡El destino! Mucho mas:
hasta puedo aseguraros,
por esta raya á juzgar,
que si tocais una flor
marchita al suelo caerá.
SIEBEL. ¡Cielos!
MEFISTÓF. No tendreis mas flores
que ofrecer en vuestro afan
amoroso á Margarita.
VALENTIN. ¿Qué escucho? ¡Suerte fatal!
¿Á mi hermana conoceis?
MEFISTÓF. Con mucho cuidado andad;
tal vez conozca yo alguno
que os pueda, jóven, matar. *(Se dirige á la mesa.)*
¡Oh hermoso númen del vino!
Danos de beber:
(Vuelve á brotar el vino, llenan los vasos y beben.)
jamás
nos esquives los raudales
de tu néctar celestial:
voy á proponer un brindis
que á fe que os ha de gustar.
¡Brindo por la hermosa y tierna
Margarita!
VALENTIN. Basta ya:
fuera de aquí, miserable,
si no, te arrepentirás
del deseo de que muera
quien de matarte es capaz.
(Le arranca el vaso de las manos y vierte el líquido que al caer se convierte en una ligera llama.)
SIEBEL. ¡Cielos!
MEFISTÓF. ¿Á qué ese temor?
Siempre es bueno amenazar.

(Siebel saca la espada: los demás y Mefistófeles hacen lo mismo: Mefistófeles traza con la punta de su espada un círculo alrededor de sí: los demás quieren lanzarse sobre él y se detienen como impelidos por una barrera insuperable: la espada de Valentin se hace pedazos.)

VALENTIN. ¿Qué es esto? Rota en mis manos
la espada encuentro!

MEFISTÓF. ¡Ja, ja..!

BRANDER. Ahora veremos si tienes
el poder de Satanás.
¡Abatamos el espíritu
de las tinieblas!

VALENTIN. Quebrar
mi espada tu acento pudo;
pero tiembla, monstruo audaz:
de tus demonios nos guarda
esta cruz, contra la cual
nada pueden los influjos
del infierno.

(Obligan á Mefistófeles á retroceder, presentándole todos las cruces de las espadas.)

FROSCH. ¡Tente!

VALENTIN. ¡Atrás!

SIEBEL. ¡Ríndete!

BRANDER. ¡Humíllate!

ALMAYER. ¡Cede!

FROSCH. ¡Huye, espíritu infernal!

(Salen por el fondo persiguiendo á Mefistófeles, en cuyo rostro se han de pintar el horror y la cólera que le domina.)

ESCENA V.

FAUSTO *que sale por el fondo, por donde se perdió al mediar la escena anterior.*

FAUSTO. ¡Oh imágen celestial de la que adoro,

que aquí en mi corazon tengo grabada!
En tus alas de oro
llévame, amor, á la region que habita
el ángel de mi alma enamorada;
el sueño de mis sueños, Margarita.
Desde que ví su espléndida hermosura,
y adiviné en la luz de su mirada
los tesoros de amor y de ternura
que guarda en su alma pura
aquella evocacion de mi deseo,
cuanto no es su recuerdo me da enojos;
que solo el corazon por ella alienta,
y el casto fuego de su amor aumenta,
al calor de la lumbre de sus ojos.

ESCENA VI.

DICHOS *y* MEFISTÓFELES, *que se dirige á atravesar el teatro muy deprisa.*

MEFISTÓF. Luego te veré.
FAUSTO. Detente:
escucha un momento.
MEFISTÓF. Acaba.
¿Qué me quieres?
FAUSTO. Que me digas
que ocurre.
MEFISTÓF. Por ahora nada.
FAUSTO. Hablemos de mis asuntos.
MEFISTÓF. ¿De tus asuntos? ¡Ya escampa!
Doctor, ¿qué quieres de mí?
¿Por dónde empezamos? Habla.
FAUSTO. Es preciso que procures
el llegar hasta mi amada.
MEFISTÓF. ¿Tu amada?

FAUSTO. Sí, Margarita.
MEFISTÓF. Pues por ahora ten calma:
ante el confesor obtiene
la absolucion de sus faltas.
En este instante, doctor,
acabo de verla, gracias
al poder que me permite
multiplicarme; si basta
á tranquilizar tu espíritu
la verdad de mi palabra,
bástete saber que es ella
la imágen pura y exacta
de la inocencia; que busca
del confesor á las plantas,
pesarosa, arrepentida,
la absolucion de sus faltas;
y en fin, que en vano me agito:
mi poder á ella no alcanza.
FAUSTO. ¡Y es sin embargo mujer!
MEFISTÓF. Como un tonto piensas y hablas;
es decir, como otros muchos
cuya presuncion es tanta,
que nada saben, y creen
que es merecida su fama,
justo su nombre, y aspiran
á honores, cruces y gracias.
FAUSTO. Deja tu sermon eterno;
tanto discutir me cansa.
Escucha mi voluntad
y cúmplela sin tardanza.
Si esta noche no me acercas
á ese prodigio que encanta
con su recuerdo mi vida,
de tí me separo.
MEFISTÓF. Calma.
Piensa ante todo en lo mucho

que hacer para eso me falta:
necesito por lo menos
quince dias, pues es calva
la ocasion, y de un cabello
nos es preciso agarrarla.

FAUSTO. Nada de eso á mí me importa:
lo cierto es que ya me cansa
tanta dilacion: por ella
desgarrada siento el alma,
que ella es mi vida, mi cielo;
que su recuerdo me mata;
que ángel sobre mí domina,
y que demonio me arrastra.
Llévame con tu poder
á donde pueda las ánsias
del amor que me enloquece
calmar un momento: basta
al afan que me consume,
fijar mi ardiente mirada
en el lienzo que ha cubierto
su seno de nieve y grana;
ver la cinta con que en vano
intentó aumentar la magia
de la radiante hermosura
con que Dios quiso dotarla.
Atiende, escucha mi ruego;
llévame donde se halla!

MEFISTÓF. Pues bien, cumplidos serán
tus deseos; pero escasa
idea de mi poder
no quiero ofrecerte: aguarda
un momento, y verás como
surge ante nosotros rápida
á las dulces armonías
de música alegre y grata.

ESCENA VII.

Á una señal de Mefistófeles se oye un ligero preludio, y entran en la escena estudiantes, doncellas, aldeanos, soldados, y á su tiempo SIEBEL *y* MARGARITA. *Los grupos vienen precedidos de individuos que tocan varios instrumentos. Se baila el wals al compás de la orquesta y del coro.*

CORO. Como la brisa ligera
viene dulce á susurrar
y el espacio á despejar,
así con loca alegría
y con mágica armonía
nuestra cancion sonará.

MEFISTÓF. *(Cuando acaban el baile y el canto.)*
Contempla cuanta hermosura
con sus encantos nos brinda.
¿Por qué en sus brazos, doctor,
no buscas placer y dicha?

FAUSTO. No profanes el recuerdo
adorado de mi vida;
no el dulce sueño sagrado
turbes con tu calma fria.

SIEBEL. *(Entrando en escena.)*
Hoy aquí, al fin mis ojos
van á verte, Margarita!

(Margarita aparece por la derecha en último término: algunas doncellas la rodean y la invitan á bailar; ella se excusa, y al marcharse por la izquierda, casi en primer término, encuentra á Fausto, que la habla.)

DONC. 1.ª ¿No quereis en nuestra fiesta
tomar parte?

MARGARITA. Amigas mias,
no, dejadme: de mi hermano
la triste suerte enemiga
le hizo soldado, y por ello
mi corazon se contrista.

DONC. 1.ª Tiene razon, compañeras.

MEFISTÓF. *(Á Fausto.)* Háblala, pues

SIEBEL. *(Dirigiéndose á ella.)* ¡Margarita!

MEFISTÓF. *(Que se vuelve y se encuentra cara á cara con Siebel, cerrándole el paso.)*
¿Qué se ofrece?

SIEBEL. *(Retrocediendo.)* Es muy extraño!
Este hombre me fascina...

MEFISTÓF. *(Con voz melosa.)* ¿Eres tú, querido mio?
Ja, ja. *(Riendo: Siebel retrocede delante de Mefistófeles que le hace recorrer de este modo la escena hasta que desaparece tras las parejas de baile.)*

FAUSTO. *(Á Margarita.)* Hermosa señorita;
¿me será dado ofreceros
mi brazo y mi compañía?

MARGARITA. Ni señorita ni hermosa
soy, señor, ni me es precisa
para llegar hasta casa
la proteccion que me brinda.

(Cruza por delante de Fausto y se aleja: este la contempla con emocion.)

FAUSTO. ¡Luz de mis ojos! Ante ellos
cada vez mas pura y digna
te muestras, y mas encantos
en tí el corazon admira.

MEFISTÓF. ¿Y bien, doctor, qué tenemos?

FAUSTO. Me ha rechazado.

MEFISTÓF. Su vista,
su dulce voz, trastornaron

tu razon: lo presumia.
Ya veo que doblemente
la situacion se complica,
y que tu amor de mi auxilio,
de mi poder necesita.
Voy á buscarte una joya;
la prenda que tanto ansías,
y, que, cual ella merece,
será hermosa, bella y rica.

(Se aleja con Fausto por el mismo sitio que salió Margarita: el canto y el baile se repiten y cae el telon.)

ACTO TERCERO.

Un jardin frondoso y pintoresco: al fondo un muro ruinoso que lo cierra, en el cual habrá una puerta: á la derecha, casi en primer término, un bosquecillo practicable: á la izquierda un pabellon con puerta y ventana, al cual se sube por una escalinata de poca altura que deberá estar adornada con macetas y multitud de flores. Estilo gótico puro.

ESCENA PRIMERA.

SIEBEL, *que entra por la puerta del muro y se dirige al pabellon hasta llegar al pié de la escalinata.*

SIEBEL. ¡Salve, casta morada *(Música.)*
de Margarita,
entre cuyas paredes
mi alma anida!
Dile á mi ángel,
que por ella abrasado
mi pecho late.
Flores, preciosas galas
de estos verjeles,
que perfumes suaves
dais al ambiente,
decidla cuanto
amor en mi alma vírgen
para ella guardo.

El dolor que me aqueja
decidla todas,
azucenas, jazmines,
lirios y rosas;
de amor habladle,
que ella es flor, y comprende
vuestro lenguaje.
Al eco religioso
de una plegaria,
su amor bajó del cielo
á herir mi alma;
y desde entonces
llora triste y enferma
de mal de amores.
Brisas que, entre las hojas
de esta enramada,
murmurando canciones
batís las alas,
hasta su oido
llevad los tristes ecos
de mis suspiros.
(Coge algunas flores, que se marchitan al tocarlas.)
Decidla, flores bellas,
cuánto la amo...!
¡Ay de mí, que al tocarlas
se han marchitado!
¡Bien lo predijo
aquel torvo y funesto
brujo maldito!
¿Sois quizás el emblema
de mi esperanza,
que se disipa cuando
voy á tocarla?
El de estas flores,
¿será el fin prematuro
de mis amores?

(Despues de reflexionar un instante.)
Denme las santas aguas
de aquella pila,
donde baña sus dedos
mi Margarita,
poder divino
que piadoso me libre
de maleficios. *(Música.)*

(Se aproxima á la casa y baña su mano en una pila que está pegada al muro.)

Lave el agua bendita
mi impura mano
del infernal conjuro. *(Coge una flor.)*
¿Se ha marchitado?
¡No! ¡No! ¡Dios mio!
Al fin se ve á mis plantas
Satan vencido!
(Declamando al mismo tiempo que coge las flores.)
Casta rosa, azucena,
rojos claveles,
decidla que me mata
con sus desdenes.
Lirio modesto
dila tú que se apiade
de mi tormento.
Y si mis ilusiones
deshace impía,
dila que, aunque me quite
la triste vida
con la esperanza,
ni en la tumba dormido
podré olvidarla!

(Desaparece entre la frondosidad del jardin: al mismo tiempo ábrese la puerta del fondo y entran cautelosamente Fausto y Mefistófeles.)

ESCENA II.

FAUSTO *y* MEFISTÓFELES.

FAUSTO. ¿Llegamos ya?
MEFISTÓF. Al fin tu planta
pisa la mansion serena
donde han de ser realidades
tus fantásticas quimeras.
Vé, doctor, la tarde avanza.
Esta frondosa alameda,
estas brisas que susurran,
esas aves que gorjean,
estas flores que se mecen
al soplo del aura inquieta,
la soledad misteriosa
que en estos lugares reina,
y cierto vago perfume
de juventud y belleza,
que embriagando los sentidos
de ternura el alma llenan,
¿no te indican que aquí damos
principio á nuestra novela?
FAUSTO. ¡Siempre el sarcasmo en tu boca!
MEFISTÓF. Y en la tuya la soberbia
ridícula vanidad,
sinónimo de tu ciencia!
FAUSTO. ¿Qué miras hácia ese lado?
MEFISTÓF. Te preparo una sorpresa.
¿Ves? *(Señala al lado por donde desapareció Siebel.)*
FAUSTO. ¡Es Siebel!
MEFISTÓF. Tu rival.
FAUSTO. ¡Le mataré!
MEFISTÓF. Necio, entra.
(Empújale hácia el bosquecillo y entra con él.)

ESCENA III.

DICHOS *y* SIEBEL, *con un ramo de flores.*

SIEBEL. Sed de mi amor, lindas flores,
cariñosas mensajeras.
FAUSTO. ¡Ah! no; antes....
MEFISTÓF. ¿Tienes celos?
SIEBEL. Mañana cuando esta puerta
abra, decidla vosotras,
que sois purísima ofrenda
de un corazon que en sus aras
con fuego de amor se quema.
(Cuelga el ramo en la puerta del pabellon, y váse por el fondo.)

ESCENA IV.

FAUSTO *y* MEFISTÓFELES.

MEFISTÓF. *(Deteniendo á Fausto, que quiere seguir á Siebel.)*
Tente.
FAUSTO. Mi espada castigue
la temeraria insolencia
del necio galanteador
que audaz hasta aquí penetra.
Despues yo sabré hacer polvo
con mis piés la pura ofrenda
de su amor.
MEFISTÓF. ¿Perdiste el juicio?
FAUSTO. Ese ramo....
MEFISTÓF. ¡Bah! Ahí le deja.
Para que haga compañía
á las flores de un poeta,

de ese discípulo tuyo,
que vive de lo que sueña,
voy á buscar un tesoro
de una virtud más completa.
En vez del perfume suave,
en vez de las tintas bellas
que esas flores á la vista
en rico conjunto ostentan,
yo traeré el brillo del oro
que en mil cambiantes refleja,
descomponiendo la luz
con deslumbrante elocuencia.
El carbonado diamante,
con sus múltiples facetas;
la linda esmeralda, verde
cual tu esperanza halagüeña,
y corales y rubíes,
y puras y blancas perlas;
y el estridente rüido
que al chocar muevan las piedras,
y los metales preciados,
la armonía placentera,
el himno será que ensalce
el poder de la riqueza.
¡El triunfo es nuestro, doctor!

FAUSTO. Ese cinismo me aterra.

MEFISTÓF. ¡Así es el hombre! predica
la virtud con voz austera;
maldice el vicio, le odia,
contra él fulmina anatemas....
é hipócrita al mismo tiempo
en sus deleites se anega.
Caro doctor, vuelvo pronto.

FAUSTO. Aquí te espero.

MEFISTÓF. Aquí espera.

(Sale por el fondo.)

ESCENA V.

FAUSTO.

¡Casta mansion donde el amor anida;
en este asilo de tranquila calma,
dulces ideas las borrascas duras
templan del alma!
¡Cómo en el pecho, de vivir cansado,
vital instinto con tus auras prendes,
y el fuego celestial de amor sublime,
mágico enciendes!
¡Oh Margarita! de tus labios rojos
déjame respirar el grato aroma,
y oir tu voz, mas dulce que el arrullo
de la paloma.
Sed de tu amor ansiado me devora
el pobre corazon roto y deshecho;
y la luz que en tus ojos resplandece
arde en mi pecho.
Hermosa niña de la casta frente,
imágen del candor, flor delicada;
más hermosa te finge mi deseo
enamorada;
que el corazon que vive sin amores,
es noche sin misterio, oscuro dia,
arroyo sin orillas ni corriente,
planta sombria.
Por eso el alma ardiente se consume
buscando de tus ojos la luz pura;
que es el amor la ciencia misteriosa
de la hermosura.

ESCENA VI.

FAUSTO *y* MEFISTÓFELES, *que entra por el fondo con una elegante y rica caja debajo del brazo.*

MEFISTÓF. No te habrás impacientado,
sabio doctor, por mi vuelta.
(Abre el estuche, y le enseña joyas riquísimas.)
De estas espléndidas joyas
el rico valor contempla.
No son flores que espontáneas
nos da la naturaleza,
ni lucen tintas brillantes
ni exhalan suaves esencias;
pero apuesto mi corona
infernal, á que mas bellas
han de ser para tu amada,
que cuantas la primavera
vierte con mano fecunda
en prados, montes y selvas.
FAUSTO. Ah! no... huyamos: de ese modo,
no puedo, no quiero verla.
MEFISTÓF. ¿Qué temor te asalta ahora?
FAUSTO. Que mi razon se revela
contra esa infame acechanza
que la virtud pone á prueba.
MEFISTÓF. Es por tu bien.
FAUSTO. Lo rechazo.
MEFISTÓF. Por tu amor.
FAUSTO. Mi amor vencerla
logrará.
MEFISTÓF. Presuncion vana:
que amor en estas empresas,
si es mucho las perjudica,
y en cortas dósis se emplea.

(Coloca la caja en el umbral del pabellon de Margarita.)

Déjame hacer. Ya la caja
en sitio seguro queda.
Ven, y verás si prefiere
flores ó joyas tu bella. *(Música.)*

(Fausto y Mefistófeles desaparecen por el jardin. Margarita entra por el fondo con un libro en la mano, y se acerca al proscenio pausadamente y en ademan reflexivo.)

ESCENA VII.

MARGARITA.

Desde que mis ojos
sus ojos hallaron
y sus tristes frases
en mí resonaron,
se agita en mi pecho
misterioso afan.
Es irresistible
su mirada altiva;
su plácido acento
encanta y cautiva;
gallardo es su porte.
¿Quién será el galan?
Al llegar á hablarme,
sentí, fascinada,
brotar de improviso
del alma extasiada,
no sé qué deseo,
qué vaga inquietud,
qué vanos temores,
qué presentimiento,
que mi ser conmueve,

que en mi pensamiento
despierta sospechas
contra mi virtud. *(Música.)*
(Despues de una pausa, se sienta y lee.)
«Érase un rey, cuya gloria
se cifró en guardar constante
el recuerdo de su amante
siempre fiel en la memoria.
Su amada, dice la historia,
dióle de oro cincelado
una copa; con sagrado
cariño miró esta ofrenda,
que era como dulce prenda
de aquel recuerdo adorado.»
(Interrumpe la lectura, y declama.)
Y en su frente altiva,
resaltaba el sello
de la inteligencia;
su rostro era bello....
aun escucho el timbre
de su dulce voz. *(Música.)*
(Vuelve á leer.)
«Y nadie amó como él;
que cuando la copa usaba,
de lágrimas la llenaba,
lágrimas de amarga hiel.
De amor al recuerdo fiel,
sintió que extraña dolencia
agotando su existencia
al sepulcro le atraia,
y en su lecho de agonía
quiso ostentar su clemencia.»
(Interrúmpese de nuevo, y declama.)
Sus tiernas palabras,
¿por qué extremecieron
mi ser apenado?

¿Cómo es que encendieron
con rojos colores
mi faz de rubor? *(Música.)*
(Vuelve á leer.)
«El rey á su hijo llamó
á la paternal morada,
y, la corte congregada,
reino y consejos le dió.
Triste festin celebró
en señal de despedida:
en él la copa querida
brilló, mas de infausta suerte;
que se hizo polvo de muerte
al dejar el rey la vida.»
De amar el rey tuvo *(Declama.)*
extraña manera;
tambien ser amada
así yo quisiera,
que es al alma grato
tan constante amor.
¡Amor...! Tengo miedo;
que aquí abandonada,
tal vez me persiga
do quier la mirada
tenaz é insistente
del galanteador.
Ausente mi hermano,
mi madre en el cielo,
¿quién ha de prestarme
ayuda y consuelo?
Triste, niña y sola,
¿qué será de mí?
¿Qué flores son estas?
Con su lengua muda
de amor me requieren:
es Siebel, no hay duda;

él solo en mí piensa;
él las puso aquí.
¿Qué es esto? Una caja.
¡Qué linda...! No acierto
quien en tal paraje
la olvidó...! Por cierto
que es extraño... Y tiene
su llave, sí... Ah!

(Muestra gran sorpresa al ver el cofrecillo. Cógelo, despues de una ligera vacilacion, dejando caer el ramo, y al abrirlo, lanza un grito de sorpresa.)

¡Magníficas joyas!
¡Qué puros diamantes!
Cual la luz reflejan
en ricos cambiantes!
Nunca ví un tesoro
de riqueza igual!
Si yo me atreviera ...

(Coloca el cofrecillo, que tendrá un espejo en la cubierta, sobre un banco, y se arrodilla para ponerse las joyas.)

Pendientes, collares,
cadenas, anillos,
perlas á millares!
Veamos.

(Se pone unos pendientes y se mira al espejo.)

¡Dios mio!
esa no eres tú,
Margarita! ¿Cómo
te embellecen tanto
estas ricas galas?
¿Qué mágico encanto
da de estos diamantes
la espléndida luz?
¿Eres tú la misma?
¿No serás ahora
de un pueblo encantado

la reina y señora?
¡Salud á la reina!
¡Si me viera él...!

(Ha seguido adornándose con las joyas hasta la conclusion del monólogo. Martha entra sin ser vista de Margarita.)

ESCENA VIII.

MARGARITA *y* MARTHA.

MARTHA. ¡Cielos! qué veo?
MARGARITA. ¡Ah!
(Queriendo ocultar las joyas con las manos.)
MARTHA. ¿Qué gran riqueza
adorna vuestra frente,
haciendo resaltar vuestra belleza?
¿Quién os dió tales joyas?
MARGARITA. Olvidadas
aquí alguno sin duda
las dejó por azar, y yo, imprudente,
sin mirar mi humildad y mi pobreza,
de loca vanidad en un momento,
me adorné con su luz resplandeciente.
Fué un capricho no mas, y me arrepiento.
MARTHA. ¿Y por qué arrepentiros, señorita?
Vos sois digna de joyas tan preciadas.
Y si alguno, inocente Margarita,
el corazon rindió á vuestras miradas,
pueden ser esas joyas que os deslumbran,
ofrendas de un amante delicadas.
MARGARITA. ¿De un amante decís?
MARTHA. Así lo creo.
¿Quién, si no, cariñoso,
pudiera prevenir vuestro deseo?
Nunca tan generoso
conmigo se mostró mi ausente esposo.

ESCENA IX.

DICHAS, FAUSTO *y* MEFISTÓFELES.

(Este entra el primero, haciendo reverencias exageradas.)

MEFISTÓF. La señora Schvrerein....
MARTHA. ¿Qué se os ofrece?
MEFISTÓF. Perdonad si, atrevido,
por la impaciencia y el deber guiado,
hasta aquí por buscaros he venido.
(Caro doctor, observa con cuidado
como el regalo fué bien acogido.)
Martha os llamais?
MARTHA. Si tal, y sin reserva
podeis hablar.
MEFISTÓF. Lo haré, aunque la noticia
no es agradable.
MARGARITA. (¡Cielos!)
(Conociendo á Fausto y apresurándose á quitarse las joyas que coloca otra vez en el estuche.)
MARTHA. Vamos ¿qué pasa?
MEFISTÓF. Vuestro esposo ha muerto,
y os envia memorias.
MARTHA. ¡Ay! ¿Es cierto?
MEFISTÓF. ¡Oh, sí!
MARTHA. Tremendo golpe!
MARGARITA. (Cómo late
al verle el corazon apresurado!)
FAUSTO. (Cómo el ardiente fuego del deseo
desaparece rápido á su lado!)
MARTHA. Memorias nada mas...!
MEFISTÓF. ¿Y vos la suya
pensais guardar?

MARTHA. ¡Oh esposo idolatrado!

MEFISTÓF. Buscad quien sus cuidados sustituya.

(Desde este momento debe ya hacerse notar por los actores la fascinacion que Fausto ejerce sobre Margarita, y la mas marcada de Mefistófeles sobre Martha.)

MARTHA. ¿Otro esposo, señor?

MEFISTÓF. Yo así lo creo.
¿Quién al veros tan.... bella, no os daria
satisfecho las prendas de Himeneo?

FAUSTO. ¿Por qué, señora mia, *(Á Margarita.)*
desdeñais de esas joyas la luz pura,
si aun es menos brillante
que la dulce que irradia
con mágico esplendor vuestra hermosura?

MARGARITA. De esas joyas el brillo refulgente
no es, señor, para mí, pobre doncella:
ni sientan bien en la modesta frente
que implacable el dolor oprime y sella.

MEFISTÓF. Casi, casi el amor siento en el alma.

MARTHA. Dejad vuestra querella;
que es mentir grave mal, señor viajero.

MEFISTÓF. No miente quien perdió su dulce calma,
y lo dice con fe y labio sincero.
Apoyaos. *(Ofreciéndole el brazo.)*

MARTHA. (Es este caballero *(Aceptando.)*
gallardo y de simpática figura.)

FAUSTO. ¿No aceptais, pues, mi brazo?

MARGARITA. No.

FAUSTO. Os lo ruego.

MEFISTÓF. (La pareja está ya un poco madura.)
(Margarita se coge del brazo de Fausto y se aleja con él por el jardin.)

MARTHA. ¿Y qué haceis vos, viajais?

MEFISTÓF. Busco en el cambio
de climas y costumbres y naciones
ancho campo al estudio

del hombre y sus pasiones.
Tambien necesidad á ello me obliga.

MARTHA. Triste es la suerte y dura
del que en climas remotos,
sin patria, sin hogar ni mano amiga
que le ayude en la senda trabajosa
de la vida, renuncia á la ternura
que da el cariño de la amante esposa.

MEFISTÓF. Yo tambien así pienso, y me acobarda
el porvenir que en la vejez que llega,
á mi existencia borrascosa aguarda.

MARTHA. Pues bien, pensad en ello, no conviene
retardar la eleccion: el tiempo es oro.

MEFISTÓF. Graves peligros el asunto tiene....
Mas si hallase.... cual vos, rico tesoro
de virtud y de amor....

(Desaparecen por un lado. Margarita y Fausto aparecen por el opuesto.)

FAUSTO. ¿Siempre estais sola
de este recinto en el verjel ameno?

MARGARITA. Siempre sola, señor: mi pobre hermano
pelea por su patria como bueno;
mi madre ya no existe, é inhumana
suerte cruel, me arrebató implacable
el fraternal cariño de una hermana.
Era un ángel de Dios. Huérfana y triste
quedó en la infancia, y en edad tan tierna,
fuí para ella madre cariñosa;
que quizá presentia
que aquella flor, como temprana rosa,
á la que el cierzo helado
mata al nacer, tan solo viviria
al calor de mi amor y mi cuidado
de su inocente infancia el breve dia.
Y á pesar de mi celo,
de mi incesante afan y mis caricias,

dejóme sin consuelo,
y en mis brazos murió: ya está en el cielo.

FAUSTO. Si vuestras gracias otorgarle quiso,
no tendrá entre sus coros celestiales
un ángel mas hermoso el paraiso.
No bañe tus mejillas virginales
encendido el rubor.... Mi alma te adora!

MARGARITA. Vos os burlais de mí...!

FAUSTO. ¿Burlarme puedo,
si toda la ternura que atesora
mi ser, por tí palpita?
El que loco de amor piedad implora,
no comprende la burla, Margarita!

MARGARITA. Yo no debo escucharos,
ni estar aquí mas tiempo.

FAUSTO. Sí, amor mio;
y en estas horas de misterio y calma,
de grata soledad y arrobamiento,
como vá sentirás á tí mi alma;
como torna hácia mí tu pensamiento.

(Éntranse en el bosquecillo: Mefistófeles y Martha aparecen en el opuesto lado.)

MARTHA. Parece que estais triste y silencioso....

MEFISTÓF. Razon tengo.

MARTHA. ¿Os burlais?

MEFISTÓF. No, por mi vida;
guardaréme muy bien bella matrona.
¿Mi franqueza leal mi amor no abona?
¿Dudais de mi ternura,
teniendo vos tan.... clásica hermosura?
(Empieza á oscurecer.)

FAUSTO. ¡Alma mia! *(Besándola una mano.)*

MARGARITA. No mas. *(Desaparece entre el ramaje.)*

FAUSTO. Y me abandona.

(Corre en su busca desapareciendo tambien entre el ramaje.—

Martha disgustada por las palabras de Mefistófeles, le vuelve la espalda.)

MEFISTÓF. ¿Y te atreves, cruel, á rechazarme...?
Adios...! *(Ocúltase en el bosquecillo.)*

MARTHA. Se vá...! Señor...! *(Corre detrás de él.)*

MEFISTÓF. *(Oculto.)* (Ven á buscarme.
Esta vieja hechicera
se casaria con el mismo diablo,
si el diablo la quisiera.)

FAUSTO. Margarita...! *(Dentro.)*

MARTHA. Señor...! *(Llamando á Mefistófeles.)*

ESCENA X.

DICHOS *y* SIEBEL.

SIEBEL. *(Entra por la puerta del fondo.)* Cruel zozobra
venció mi timidez y quiero hablarla.

MARTHA. Es él...? Sí; me parece que le veo....

MEFISTÓF. (Lo que engaña el deseo!)

MARTHA. Señor.
(Equivocando á Siebel con Mefistófeles y cogiéndole de una mano.)

SIEBEL. Es Martha! *(Reconociéndola.)*

MARTHA. Siebel! ¿Á tal hora,
qué haceis en este sitio? Sed mi guia.
(Habrá salido?)

SIEBEL. Mas si ver pudiera....

MARTHA. Imposible.... Marchad.

SIEBEL. Fortuna impía!
Venir por Margarita, y los reproches
de esta vieja sufrir...!

MARTHA. Id....
(Desapareciendo con Siebel por el fondo.)

MEFISTÓF. *(Cerrando la puerta.)* Buenas noches.

ESCENA XI.

MEFISTÓFELES.

¡Venturosos amantes! Protegidos *(Música.)*
por el oscuro manto
de la sombra tranquila y solitaria,
embriagados de amor al dulce encanto,
por su pasion dichosa,
el universo olvidan.
No turbemos su paz. ¡Oh noche, tiende
tu pabellon oscuro
sobre los dos, y aleja de su alma
el temor, al poder de mi conjuro!
Vierte en su corazon la dulce calma
que de placer embriaga los sentidos!
Y vosotras, ¡oh flores!
desplegad vuestros cálices dormidos
al contacto maldito de mi mano,
y la fragancia pura
que vuestras hojas guardan escondida,
caiga como una lluvia perfumada
sobre la fiel pareja enamorada.
Toque por vuestro influjo
á término fatal la obra maldita,
y el insensato fuego del deseo
en el pecho encended de Margarita!
(Desaparece en las sombras del bosquecillo.)

ESCENA XII.

FAUSTO *y* MARGARITA.

MARGARITA. Ya la luna á traves de la espesura
sus rayos manda á las pintadas flores,

y sus cantos dulcísimos de amores
repiten con voz pura
en el bosque los pardos ruiseñores.
Se aproxima la hora.

FAUSTO. ¡Ah! Un momento
deja estrechar tu mano entre la mia;
deja que escuche tu tranquilo acento,
vibrante de armonía:
déjame contemplar tu rostro hermoso
á la pálida luz de las estrellas;
cuyos blancos fulgores,
al descender del cielo,
dan á tu frente aureola luminosa,
cubren tu faz con nacarado velo.
Debajo de esta bóveda gigante
brilla mas tu mirada,
envuelta de la noche entre las brumas,
y es tu voz palpitante,
sonora, enamorada,
como el blando rumor de la cascada
que entre peñascos rompe sus espumas!
Déjame todavía
abismarme en tu ser, beber tu aliento,
abrasarme en la lumbre de tus ojos
y loco adivinar tu pensamiento.

MARGARITA. Oh! callad! ¿Qué veneno misterioso
hay en vuestras palabras,
que hace brotar del alma dolorida
no sé que sentimiento
que turba mi razon, mi ser conmueve,
y en éxtasis dulcísimo arrobado
ni á palpitar el corazon se atreve?
Ah! dejadme!

FAUSTO. ¿Qué hace?

MARGARITA. *(Cogiendo una margarita.)* De las flores
quiero saber la prediccion segura.

Me ama; no; me ama; no: ¡me ama!
(Cada vez arranca una hoja, y acaba de deshojar la flor con la última palabra.)
¡Al fin venció el amor!

FAUSTO. ¡Y mi ternura!
Verdad habló esa flor: ella la llama
te dice que consume el pecho mio
y en santo amor le inflama:
ella enciende en el alma ardor ferviente.
Ya me crees ¿verdad? Sí, que tu frente
colora el rayo puro
del casto amor primero.... Yo te juro
amarte eternamente;
por tí sola vivir, morir contigo.

MARGARITA. Ah! dejadme, no mas...!

FAUSTO. ¡Yo te bendigo,
noche feliz de amores!
Yo bendigo tus sombras misteriosas
que el astro refulgente
envuelve con ligeros resplandores!
¡Oh! cuán bello es soñar, amada mia,
de esa tranquila luz al tibio rayo,
horas de melancólica poesía!
Y al fulgor de esos astros, polvos de oro
que flotan en el cóncavo vacio,
¡cuán dulce es escuchar un «yo te adoro»
del labio perfumado
que en promesas de amor guarda un tesoro!

MARGARITA. Y sentir palpitante
el violento latir duro y cortado
del corazon amante:
y en placer ignorado
y en febril desvarío,
de la dicha inmortal breves trasuntos,
juntos siempre vivir y morir juntos!

FAUSTO. Margarita! amor mio!

MARGARITA. Vete, déjame ya!
FAUSTO. ¡Cruel, me matas,
y me alejas de tí!
MARGARITA. ¿Piedad á voces
no te pide mi amor? Déjame, huye,
y el pobre corazon no me destroces!
FAUSTO. ¿Y mi pasion? ¿Y mi perdida calma?
¿Y te he de abandonar?
MARGARITA. *(Arrodillándose á los piés de Fausto.)*
Oye mi ruego:
ten piedad de mi alma;
y si es tan grande de tu amor el fuego,
¡en nombre de ese amor yo te lo exijo!
(Momento de pausa. Fausto levanta á Margarita.)
FAUSTO. ¿Quiéres que te abandone? Pues bien, sea,
ángel de castidad: pero mañana....
MARGARITA. Mañana.... sí; cuando la nueva aurora
sus alas tienda, ajeno de cuidado,
te esperará, latiendo de impaciencia,
mi ardiente corazon enamorado!
(Corre hácia el pabellon, se detiene en el umbral y manda un beso á Fausto.)
¡Adios! *(Entra en el pabellon.)*
FAUSTO. ¡Adios, felicidad suprema!

ESCENA XIII.

FAUSTO, MEFISTÓFELES *y despues* MARGARITA *en la ventana.*

MEFISTÓF. ¡Sublime estupidez!
(Poniendo una mano sobre el hombro de Fausto.)
FAUSTO. ¿Nos escuchabas?
MEFISTÓF. Y lo siento, á fe mia;
que nunca ví torpeza semejante,
ni á tanta bizarria,

tal timidez unida en un amante.

FAUSTO. Oh! calla. *(Música.)*

MEFISTÓF. Buen doctor, escucha ahora
lo que á los astros dice
la que con tanta fe tu pecho adora.

(Margarita abre la ventana y se apoya en ella con la cabeza entre las manos. Un rayo de luna da de lleno en la ventana.)

MARGARITA. Sí, me ama, me ama.... y me enajena
este amor de los cielos descendido,
que de inmenso placer mi pecho llena!
Con su canto las aves,
con su murmullo el viento,
naturaleza entera me responde
con su vibrante acento,
«¡te ama, te ama!» y el alma estremecida
despierta á nuevo ser y nueva vida. *(Pausa.)*
¡Oh, cuán dulce es amar! Piadoso el cielo,
quiso premiar con celestial ventura
mis largos dias de tristeza y duelo,
y dió á mi pecho esta pasion bendita! *(Pausa.)*
Apresura tu paso ¡oh, nueva aurora!
¡Vuelve, tesoro mio!

FAUSTO. ¡Ah! Margarita!

(Fausto se lanza á la ventana y coge las manos de Margarita. Esta arroja un grito, permanece un momento confusa, y deja caer la cabeza sobre el hombro de Fausto. Mefistófeles se dirige á la puerta del jardin, y lanza una estridente carcajada, señalando á la ventana, donde se destaca el tierno cuadro de los dos amantes abrazados y envueltos en la atmósfera luminosa de un rayo de luna.)

ACTO CUARTO.

Habitacion de Margarita: á la izquierda, en primer término, un reclinatorio donde estará pintada una Dolorosa.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA *hilando al torno.*

¡Qué soledad tan triste!
¡Cuánto padezco!
en vano en la esperanza,
busco consuelo;
que solo hallo
la realidad tremenda
del desengaño.
¡Ayer era dichosa!
con alegría,
envidiada de todos
fué Margarita....
sus compañeras,
con afan la buscaban....
¡hoy huyen de ella!
Sin piedad, de la huérfana
que no ha podido
resistir la influencia

de su destino,
el alma hieren....
que el alma no se explica
lo que no siente.
Mas no basta un terrible
suplicio lento,
nó: que tortura amarga
daña mi pecho,
porque el ingrato
por quien tanto he sufrido
ya me ha olvidado.
Impaciente le espera
la pobre niña,
que fué el amor, la gloria
para él un dia....
en vano ansío
que su amoroso acento
llegue á mi oido.
En vano la esperanza
fugaz, ligera,
brillando ante los ojos
mi vista ciega;
que el pensamiento
se envuelve entre las sombras
del desconsuelo.
En copiosos raudales,
tristes, amargas,
hasta mis ojos suben
ardientes lágrimas;
mas se detienen
y ahogadas en suspiros
al alma vuelven.

(Ha dejado de hilar y se dirige al reclinatorio donde se arrodilla.)

Madre amante y dolorosa, *(Música.)*
cuyo corazon herido

contempló al Hijo querido
en una cruz afrentosa:
Madre tierna y angustiosa,
que apuraste la agonía
de la suerte mas impía
que cupo al materno amor,
duélete de mi dolor,
y ampárame, Madre mia!

Tan solo tú, Vírgen pura,
comprender puedes mi duelo,
y el irresistible anhelo
que mi corazon tortura.
Nada logra mi amargura
en este mundo calmar;
si mi delito fué amar,
Dios por el hombre murió,
por él su sangre vertió,
por él se dejó matar.

Tan sublime sacrificio,
de su amor símbolo santo,
al corazon pone espanto
divinizando el suplicio;
y al ofrecerse propicio
para redimir al mundo,
quiso de su amor profundo,
sempiterno, inagotable,
á su hechura deleznable
dar un ejemplo fecundo.

Do quier mi vista turbada
se dirige, dolor hallo:
con mi conciencia batallo
en lucha desesperada:
solamente tu mirada
calmar puede mis dolores:
Madre, amor de los amores,
Vírgen santa, pura esencia,

un rayo de tu clemencia
temple del mal los rigores.
Madre fuiste: madre he sido:
de esposas fuiste modelo:
yo de esposa honrada anhelo
el renombre bendecido.
De mi corazon herido
amor ardiente rebosa;
acógeme bondadosa,
rogando al Eterno Padre;
¡Bendíceme como madre,
y ampárame como esposa!

(Deja caer la cabeza sobre el pecho y llora: Siebel entra y se acerca á ella lentamente.)

ESCENA II.

MARGARITA *y* SIEBEL.

SIEBEL. ¡Margarita!
MARGARITA. ¿Quién es?
SIEBEL. Tranquilizaos.
MARGARITA. ¡Oh! fiel amigo.
SIEBEL. Esas ardientes lágrimas,
publican el terrible sufrimiento
que vuestro herido corazon desgarra.
MARGARITA. Lágrimas, sí: llorar es mi destino.
SIEBEL. ¿No habrá remedio á las mortales ánsias
que os devoran?
MARGARITA. Ninguno. De mi culpa
esta es la expiacion: debo aceptarla.
SIEBEL. El fraternal cariño que os consagro,
templa el rigor de vuestra suerte aciaga.
Aceptad la amistad pura, inmutable
que os brinda un alma decidida y franca.

MARGARITA. ¡Ay de mí triste y sin ventura! Siebel,
el único sois vos que no me trata
con despego cruel, y dulce bálsamo
para mi pecho son vuestras palabras.

SIEBEL. ¿Cómo no, cuando en vos tan solo miro
la víctima inocente y desgraciada
de un hombre vil, de un seductor perjuro...!

MARGARITA. Callad, Siebel, callad!

SIEBEL. Él fué la causa
del pesar que os consume, de ese llanto
que vuestros ojos sin cesar derraman!
¡Oh, inicuo, tiembla! Del nefando crímen
el cielo me encomienda la venganza!
Débil y niño soy; mas, qué me importa?
Me sobra corazon y ciño espada.

MARGARITA. ¿Qué decís...? Qué decís...?

SIEBEL. Que daré muerte
al pérfido, al infame que os ultraja.

MARGARITA. ¡Ah! nó, nó, ¡por piedad!

SIEBEL. Le amais acaso?

MARGARITA. ¿Qué si le amo decís? Mas que á mi alma.
Si comprender pudiérais, pobre Siebel,
la fuerza irresistible que me lanza
en su camino.... su recuerdo solo
estremece las fibras de mi alma!
Él halagó mi vírgen pensamiento
con ilusiones de oro. En su mirada
torrentes de pasion inagotable,
de locura ¡ay de mí! bebí con ánsia;
su amor era mi amor; era su vida
mi vida, mi placer, mis esperanzas,
y, sin fuerzas, rendida al dulce halago
de tanta seduccion, caí á sus plantas.
Él es, Siebel, el padre de mi hijo....
de mi hijo.... ¿lo oís? ¿Por qué os extraña,
que piense en el que á mí ligarse pudo

con el mas tierno vínculo del alma?

SIEBEL. Pero él os abandona, Margarita,
y se aleja de vos porque no os ama...!

MARGARITA. Es verdad! Mas ¿qué importan su abandono
y su olvido? Yo le amo como el agua
del arroyo al Océano que la absorbe:
como la mariposa á la luz clara
que la atrae, la seduce, la fascina
y la ilusion consume de sus alas:
cual la mar agitada y turbulenta
al fuerte muro en que se estrella brava:
como la flor al sol que la marchita:
como la nube al rayo que la rasga;
y, en fin, como la madre al hijo adora
que mísero al nacer su muerte causa.
Él mi existencia envenenó y le amo:
él la aureola luminosa y casta
que Dios puso en la frente de las vírgenes
me arrebató y le amo; la esperanza
de todo bien su desamor me roba
y le amo, y aquí siempre grabada
su imágen vivirá, y á su influencia
ved como el corazon de amor se inflama.
No exijais que os explique este misterio:
no puedo, no lo sé: que no se hallan
los secretos del alma, sometidos
á la mezquina inteligencia humana.

SIEBEL. ¡Un tesoro con vos pierde ese hombre!
No lo comprende, ingrato....

MARGARITA. Basta, basta,
que me siento morir: hablemos solo
de vos. ¡Oh! cuánto debo á vuestra franca
y leal amistad.

SIEBEL. ¡Ah, Margarita,
eterna os la consagro.

MARGARITA. ¡Gracias, gracias!

Por el bien que me haceis, benigno el cielo
os colme de ventura.

SIEBEL. Vuestra causa,
desde hoy en adelante, un brazo fuerte,
y un decidido corazon reclama,
y sola no estareis: Dios bondadoso
un protector enérgico os depara.

MARGARITA. ¿Qué decís?

SIEBEL. Que la guerra ha terminado:
que los valientes hijos de la patria
vuelven á sus hogares, en la frente
ostentando el laurel de las batallas.
Que pronto Valentin en vuestros brazos....

MARGARITA. ¡Esto mas, justo cielo...!

SIEBEL. ¿Qué os espanta?
¿Sentís su vuelta?

MARGARITA. No. ¡Ah, hermano mio!
Dios le traiga con bien: lo que desgarra
de ansiedad, de temor mi pecho triste,
es no poder sufrir de sus palabras
la justa queja, ni el fulgor siniestro
del fuego acusador de su mirada:
tener que presentarme ante su vista,
transida de dolor, la frente baja,
y ostentando el carmin de la vergüenza,
y del oprobio en las mejillas pálidas.

SIEBEL. No temais: Valentin es generoso
y otorgará el perdon á vuestra falta.

MARGARITA. ¡Qué mal le conoceis! Ama la honra,
y en ella, por su fe, no admite mancha;
los afectos mas grandes y mas puros,
sin piedad, sin dolor sacrificara
al sentimiento del honor que extingue
toda pasion en él, y llena su alma.
Su afecto por la honra le ha llevado
decidido á los campos de batalla;

en horfandad dejándome sumida,
y á merced de la suerte abandonada.
Hoy de gloria cubierto, vuelve ansioso
á arrojarse en los brazos de su hermana,
y ésta en cambio ofrecerle solo puede
ignominia y baldon, vergüenza, infamia.
Siebel, no lo dudeis: llegó la hora
de sufrir el castigo de mi falta.
Valentin, implacable, á su decoro
dará satisfaccion, feroz venganza
en mí tomando, y con su justa cólera
satisfecha será la ley humana.
Hechos inexplicables, misteriosos,
me hacen aparecer como malvada
infanticida, Siebel, matadora
del hijo que he llevado en mis entrañas;
del que engendrado en el dolor, ha muerto
en el dolor tambien.

SIEBEL. ¡Ah!

MARGARITA. ¿Os espanta
mi horrible situacion?

SIEBEL. Tranquilizaos:
es que tiemblo al medir vuestra desgracia.
Y ese misterio....

MARGARITA. Es un misterio horrible.
Escuchad el secreto de mi alma.
Una noche en que el sueño de mis ojos
tenaz huia, y más me acongojaba
la constante memoria del ingrato,
salté del lecho y me salí de casa
con mi hijo infeliz, único alivio
de mi inmenso dolor. Tal vez guiada
por mi sino fatal, la silenciosa
ciudad abandoné, y audaz mi planta
los valles recorrió, los altos montes
sin tregua ni reposo. Fatigada

me detengo, por fin, y á mis piés veo
inquietas avanzar las turbias aguas
del hondo lago, que romper intenta
su cárcel de peñascos. La callada
y temerosa noche, la profunda
oscuridad del cielo, las extrañas
fatídicas visiones que fingian
los espantados ojos en las ramas
de las negras encinas y en los picos
que coronan la altísima montaña,
el quejido del viento que repite
el eco acusador, las negras ansias
del corazon aumentan y en las venas
paralizan la sangre congelada.
Fijos los ojos en la estrella hermosa
que las espesas nubes no velaban,
turbada la razon, y obedeciendo
á la fuerte pasion que me hace esclava,
tres veces pronunció mi ardiente labio
el nombre del perjuro que me mata.
De repente ¡ay de mí! la opuesta orilla
rojiza luz inunda, y entre llamas
miro á mi dulce bien, preso en las manos
del amigo feroz que le acompaña.
Clava en los mios los brillantes ojos,
y con acento dolorido exclama:
«¡Margarita, te adoro, ven, soy tuyo!»
Frenética alegria, en la garganta
aprisiona la voz, tiendo los brazos
hácia mi bien, y en las revueltas aguas
cae el hijo infeliz, que antes risueño
de infantiles caricias me colmaba.
La fingida vision desaparece,
la tiniebla me envuelve, en mis entrañas
resuena el débil grito de agonia
de la víctima triste, y desolada

entre las ondas quiero sepultarme;
mas rendida al dolor, caigo de espaldas
sobre la dura roca.... Cuanto tiempo
allí permanecí, lo ignoro: extraña
reaccion dióme una vida que hoy arrastro
entre remordimientos y entre lágrimas,
y como criminal infanticida
el vulgo desde entonces me señala.
Tal es mi situacion: lo extraordinario
y lo inmenso del crímen, hoy coarta
la accion de la justicia: para hacerla
caer sobre mi frente, una palabra
bastará, Siebel, y mi pobre hermano,
el encargado es de pronunciarla.

SIEBEL. No la pronunciará: yo os lo prometo:
lo juro por mi fe; mas si no os basta,
por el amor que un dia me inspirásteis,
por el que os tengo aun, de tan extraña,
de tan horrible situacion libraos.
Esperad de las tropas la llegada;
yo veré á vuestro hermano, y de su enojo
la fuerza calmaré, tengo esperanza.

MARGARITA. Tan generoso sacrificio, el cielo
sabrá recompensar.

SIEBEL. *(Señalando al corazon.)* Aquí se halla
mi mejor recompensa, Margarita:
feliz será si por su amor os salva.

(Vase por la derecha. Margarita le contempla un momento mientras sale, dirige al cielo una mirada y se retira por la izquierda.)

MUTACION.

Una plaza: al frente la fachada principal de una catedral gótica: á la derecha la casa de Margarita.

ESCENA III.

SIEBEL *saliendo de casa de Margarita:* MARTHA *que va á entrar en ella.*

SIEBEL. ¡Martha!
MARTHA. Gracias á Dios que aquí os encuentro.
¿Y Margarita...? ¡Cielos! ¡Qué desgracia!
Su hermano ha vuelto.
SIEBEL. ¡Valentin! ¡Dios mio!
MARTHA. En la ciudad entró: ¿qué hacemos?
SIEBEL. Martha,
fiad en mí. *(Suenan clarines á lo lejos.)*
MARTHA. Escuchad, ya se aproximan:
salvadla, Siebel, por piedad, salvadla.

(Entra en casa de Margarita: Siebel se dirige al fondo de la plaza cuando salen los estudiantes y le detienen.)

ESCENA IV.

SIEBEL, FROSCH, ALMAYER *y* BRANDER.

BRANDER. Ved aquí á Siebel, á quien ha llegado
la hora de recordar su juramento.
ALMAYER. ¿Cómo cumpliste el voto aquí formado?
FROSCH. ¿Qué has hecho? ¿qué ha intentado
tu valor, tu osadía,
para dar un honroso cumplimiento

á la palabra que empeñaste un dia?

SIEBEL. Dejadme por piedad: no de mi alma
aumenteis el valor desesperado;
no con reproches aumenteis mi pena:
devolved á mi pecho la fria calma
que tanto necesita,
y por mi amor y por mi fe ayudado,
veré mi afan logrado
al salvar á la pobre Margarita.

BRANDER. Valentin es honrado, leal y bueno;
y en su venganza, que será terrible,
agotará el veneno
con que su hermana emponzoñó su alma.

SIEBEL. Esa una razon es, aun mas plausible
para no abandonarla.

FROSCH. Calma, calma,
amigo Siebel: en asuntos tales,
no siempre es dado interesarse mucho:
que aunque amigos leales
por sentimientos nobles excitados,
pudiera suceder que mas fatales
fueran para su mal los resultados.

ALMAYER. Por Dios, que es maravilla,
que así perdais el tiempo inútilmente:
mal ejemplo á las mozas de la villa
ha dado Margarita, cuya frente
no puede levantarse sin mancilla.
Un pesar verdadero
me inspiran su desgracia y su agonia;
mas ¿quién, por vida mia,
será capaz en su delirio loco,
del crímen invocando el torpe fuero,
de defender á la mujer liviana
que teniendo su honra tan en poco,
al amor se entregó de un extranjero?

SIEBEL. Yo, ¡vive Dios! ¿Y quién es el que tiene

madre, hermanas, amante,
y tímido y cobarde se contiene
sin que fiera le espante
la idea que el espíritu revela,
del abandono en que la pobre niña
va á encontrarse sumida en este instante?
La desgracia que vela
por todas partes sin cesar, acosa
al que honrado y tranquilo
en su conciencia y en su honor reposa.
¿Quién podrá, sin temor á un golpe fiero,
lanzar la piedra del reproche airado
sobre la pobre víctima que vierte
lágrimas de dolor desesperado
por su enemiga suerte,
y que expuesta se mira á los rencores
de un populacho ruin y despiadado?
Cediendo á los halagos seductores,
al engaño falaz, á la maldita
y mentida palabra de un infame,
quizás á un maleficio,
sucumbió por desgracia Margarita,
consumando al caer su sacrificio.
Ella, que siendo de virtud modelo,
de la comarca fué gloria y encanto,
hoy gime en triste duelo,
y abrasados sus ojos por el llanto,
el alma por la pena desgarrada,
el corazon henchido de amargura,
demanda proteccion. ¡Oh, amigos mios!
tendedle de piedad una mirada,
y uniendo á mí vuestros leales brios,
calmad la desventura
de la que auxilio á la amistad implora.
Ayudadme á salvarla
y contad con mi vida desde ahora.

ESCENA V.

La plaza se ha ido llenando de gente poco á poco: la música militar se ha acercado lentamente, y entran las tropas en la escena, desfilando al terminar la marcha. Entre ellas viene VALENTIN *que se dirige desde luego al grupo que forman los anteriores.*

VALENTIN. Al fin nos vemos, amigos: *(Música.)*
eres tú, querido Siebel?
venid, venid á mis brazos;
que el placer que el alma siente
embarga mi voz, y en ellos
expresarse solo puede.

ALMAYER. *(Con frialdad.)* Salud al bravo soldado
de la patria; al grande héroe!
Has luchado como bueno;
pero el destino no quiere
que tu dicha sea completa,
y te la niega inclemente.
(Vase por donde salieron las tropas.)

VALENTIN. ¿Qué dice? ¿Por qué se marcha?
¿Por qué el afecto repele
de la mas pura amistad?
Tú, Brander.....

BRANDER. Brander es siempre
el mismo: no ha variado;
y tan firme se mantiene,
que son tuyos sus afectos,
su amistad, cuanto posee;
pero es preciso que laves
con mano enérgica y fuerte
tu honra de la negra mancha
que hoy, Valentin, la oscurece.
(Hace como el anterior.)

VALENTIN. ¿Qué es esto? ¿Os habeis propuesto
sin duda loco volverme?
Habla, Frosch: ¿qué es lo que pasa,
qué ocurre?

FROSCH. Mi voz no debe
decirlo: en tu casa entra
y pregunta, si te atreves,
al santo hogar de tus padres,
quién lo ha profanado aleve.
(Vase como los anteriores.)

VALENTIN. ¡Eh!.... ¿Quién diablos hace caso
de esa caprichosa gente?
Serán lo que siempre han sido:
unos visionarios. Siebel,
ven á mi casa, y allí
en union grata y alegre,
y animados por el vino
espumoso y trasparente,
la vida del campamento
recordaré, y los solemnes
dias de batalla y gloria
que aun de placer estremecen
en su retiro al soldado,
cuando á él por fortuna vuelve
del laurel de la victoria
ceñida la noble frente!
Pero no perdamos tiempo.
Ven conmigo... *(Dirigiéndose á la casa.)*

SIEBEL. *(Interponiéndose.)* No, no entres.

VALENTIN. ¿Tú tambien? ¿por qué me impides
el paso? ¿qué es esto, Siebel?
¿Por qué huyendo mis miradas
fijos en el suelo tienes
los ojos? Mi hermana acaso....

SIEBEL. ¡Ah! nó, nó....

VALENTIN. No se comprende

tan extraña situacion.
¿Qué pasa? dime.... ¿lo entiendes?

SIEBEL. Pues bien... oye.... nó, nó puedo.

VALENTIN. ¿Qué quieres decir? *(Dirigiéndose á la casa.)*

SIEBEL. *(Cortándole el paso.)* Que esperes!
Piedad, Valentin!

VALENTIN. ¡Oh! aparta.
(Le arroja á un lado y penetra en la casa.)

SIEBEL. ¡Amparadla, Dios clemente!

(Siebel se pierde por una de las calles laterales. Es ya noche completa.)

ESCENA VI.

FAUSTO *y* MEFISTÓFELES, *con una guitarra debajo del brazo.*

FAUSTO. ¿Ves allá arriba, en el azul espacio,
aquella eterna lámpara que pura
hace oscilar su luz, y en torno suyo
es con todo la noche mas profunda?
Pues así de mi alma las tinieblas
crecen mas cada vez y mas me abruman.

MEFISTÓF. Pues yo soy como el gato que se rasca
contra la superficie tosca, brusca
de una pared al descender por ella,
sin perder el instinto que su astuta
agilidad aumenta. Estremecido
el pecho siento de sin par ventura
al sencillo recuerdo de la noche
hermosa de Walpurgis: no, no hay duda....
es la impresion mas grata que el espíritu
ha podido sentir en su locura.
Pronto, doctor, nos llamará de nuevo,
y allí al menos, las tristes amarguras
de la existencia material cesando,

torrentes de placer el alma inundan.
Ya verás, ya verás cuantos placeres,
pues conmigo vendrás. ¿No es cierto?

FAUSTO. Nunca;
jamás con tan impuras ceremonias
me mancharé.

MEFISTÓF. Tu inteligencia ruda,
sabio mortal, lo grande no comprende
y orgulloso no obstante lo censuras!
La noche de Walpurgis es el colmo
de la felicidad. Doctor, escucha.
Un campo inmenso de ignorados límites,
envuelto en la tiniebla mas profunda,
es el sitio á la fiesta destinado
de una noche, doctor, como ninguna.
Fuegos fatuos de luz rojiza y verde
por intervalos rápidos alumbran
las misteriosas sendas, y las formas
de los añosos árboles abulta.
Airado el huracan, potente ruge
á la fuerza cediendo que le impulsa,
y en su base las rocas se estremecen
y en infernal concierto se derrumban.
Un grito de dolor finge al oido
el rumor de las aguas que entre grutas
y en rápidos torrentes se despeñan
hasta el oscuro abismo en que se ocultan.
Brilla fugaz el cárdeno relámpago,
precursor misterioso de la augusta,
de la potente voz del ronco trueno
que en el espacio cóncavo retumba,
y al propio tiempo el encendido rayo
la nube rasga con tremenda furia.
Aumenta el huracan: crecen las sombras:
condénsase la niebla; y de la lluvia
el compasado, persistente ruido

se redobla á la vez. ¡Oh! cómo ofusca,
cómo enloquece la razon el vario,
el múltiple fragor que en torno zumba!
La planta vacilante, un nuevo apoyo
entre las sombras impaciente busca;
la razon desvaría y el espanto
se apodera del alma, que aunque pugna
por triunfar del terror, el terror mismo
las proporciones del pavor abulta.
Súbito cambia el temeroso aspecto
de la naturaleza: las impuras
tinieblas huyen á esconderse, heridas
por la brillante luz que el campo inunda.
Sus alas plega el viento: la tormenta
de un poder superior huye confusa.
En torrentes de aljófar se deshace
lo que antes era congelada lluvia:
de hermosas flores las corolas tiernas,
abiertas al amor, gratas perfuman
el dilatado ambiente, y frescas brisas
entre las ramas plácidas susurran.
Resuena entonces mágico concierto
en lejanas y próximas alturas;
revuélvense en confuso torbellino
hombres, mujeres, genios, hadas, brujas,
y empieza al fin la bacanal ruidosa,
desenfrenada y loca. Las angustias
que el temor engendró, más acrecientan
el afan de placeres que ya punza
el anhelante corazon, que ansioso
la dulce copa del deleite apura.
¡Estremece, doctor, de tanta dicha
el recuerdo no mas! Cuantas locuras
puede el hombre soñar; cuantos deseos
le acosan sin cesar y le sepultan
en inmenso dolor; cuantas pasiones

la triste vida agitan y torturan
con aguijon creciente, allí, en Walpurgis
hallan satisfaccion ámplia y segura;
y si existe un poder mayor que el mio,
allí, doctor, su majestad encumbra!

FAUSTO. En vano intentas seducirme!

MEFISTÓF. ¿En vano?
Tú has de venir conmigo, y de la insulsa,
necia muchacha cuyo amor te ciega,
pronto te olvidarás: ¿no es cierto?

FAUSTO. Nunca.
Eterno mensajero de desgracias,
te engañas, sí, te engañas: tus pinturas
seducirme no pueden: de mi pecho
borrar no alcanzan la memoria pura
de Margarita, por quien solo ansío
riquezas y poder: en ella funda
grata esperanza el corazon amante;
por ella en realidad quiero la duda
convertir de mi afan. ¿Tardará mucho
en ser verdad el sueño de la gruta,
aquel tesoro inmenso, que escondido
ví en las entrañas de la tierra?

MEFISTÓF. Angustia
tu afan me inspira solo: mas con todo,
el mio á complacerte se apresura.
Pronto en ricos escudos rebosando
el cofre poseerás que te deslumbra.

FAUSTO. ¿Y no hay en él para adornar el cuello
de mi bien adorado joya alguna?

MEFISTÓF. ¿Cómo faltar pudiera en un tesoro
de una riqueza sin igual? Ocultas
en él encontrarás hermosas perlas
de deslumbrante y sin igual blancura.

FAUSTO. Con tan grata noticia me enloqueces.

MEFISTÓF. Siempre el mismo serás: ideas absurdas

sin cesar te combaten; pero creo
que es fácil que á tu dicha contribuya
tambien un rato alegre y bullicioso
de nueva, extraña y agradable música.
Esto, amigo doctor, nada te cuesta;
y ahora que el cielo sus estrellas fúlgidas
hace brillar con rayos esplendentes,
con destellos de luz vaga y confusa;
ahora que el mundo adormecido yace
treguas dando á su afan y á su locura,
de mi guitarra á los alegres ecos
y en notas ya suaves ó ya agudas,
voy á dejarte oir, tierna, apacible,
una cancion que á la moral tributa
justo homenaje; y si en su lecho vela
verás con que placer tu amante escucha.

(Empieza en la guitarra el preludio de la cancion, que interrumpe al salir Valentin de casa de Margarita.)

ESCENA VII.

DICHOS *y* VALENTIN.

VALENTIN. ¿Qué haceis, señores, aquí?
¿Saberse acaso pudiera,
el objeto de esta música?

MEFISTÓF. No merece una respuesta
pregunta tan singular;
mas por si acaso os inquieta,
sabed que á vos dirigida
no va, amigo, nuestra fiesta.

VALENTIN. Bien lo sé; pero mi hermana
tampoco gozará de ella.

FAUSTO. ¡Cielos!

MEFISTÓF. Me parece, amigo,

que no os agrada la orquesta.

VALENTIN. Lo que hice con la guitarra
haré con quien la maneja.

MEFISTÓF. Atrevido, seor soldado,
regresásteis de la guerra.

VALENTIN. Basta ya de explicaciones;
basta de ultrajes y afrentas.
¿Á quién de vosotros debo
pedir de mi honra cuenta?
¿Á quien arrancar mi espada
debe la ruin existencia?

FAUSTO. Á mí.

VALENTIN. ¿Cómo? ¿El miserable
eres tú, cuya impureza
manchó cobarde y villano
de mi hermana la inocencia?

FAUSTO. Y el que va á darte lecciones
de cortesía y modestia.

VALENTIN. Veamos, pues.

FAUSTO. En guardia pronto.

MEFISTÓF. De nuevo estoy en mi esfera.
Ponte á mi lado, doctor;
sereno el ánimo muestra,
que sus golpes mas seguros
anulará mi destreza.

VALENTIN. Redobla ¡oh cielo! en mi pecho
el fiero valor que alienta,
para que mi honra manchada
borrar con su sangre pueda.

MEFISTÓF. De su valor yo me rio,
de su ira y de su impotencia.

VALENTIN. *(Sacando la medalla del segundo acto.)*
Tú que en las batallas fuiste,
egida, amparo y defensa
de la vida del soldado
con celestial influencia;

medalla que de mi hermana
fuiste cariñosa prenda;
amuleto misterioso
que su traicion me recuerda,
lejos de mí: tu contacto
mi pecho oprimido quema.
(Arroja lejos de sí la medalla.)

MEFISTÓF. Pronto te arrepentirás.

VALENTIN. En guardia pronto: ¿qué esperas?

MEFISTÓF. Doctor, mi poder te escuda,
espada en mano y no temas,
que yo pararé los golpes. *(Riñen.)*

VALENTIN. Si es que puedes, pára esta *(Música.)*
estocada.

MEFISTÓF. ¿Por qué no?

VALENTIN. ¡Por Dios, que la ira me ciega!
Pára esta.

MEFISTÓF. Esa tambien.
Manda otra cosa.

VALENTIN. Creo habérmelas
con el mismo diablo. ¡Cielos!
toda mi sangre se hiela;
mi mano se paraliza
y en ella la espada tiembla.

MEFISTÓF. Avanza. *(Á Fausto.)*

VALENTIN. *(Que recibe una estocada.)* ¡Ay de mí!

MEFISTÓF. Acabamos.
Ahora marchemos apriesa,
doctor, cuanto sea posible,
que la justicia me aterra.
No temo á la policía
porque corro bien con ella;
mas temo á los alguaciles
de golilla y de linterna.

(Queda el cadáver tendido en la plaza: Fausto y Mefistófeles desaparecen por una de las calles inmediatas.)

ESCENA VIII.

VALENTIN *y* MARTHA, *que sale de casa de Margarita.*

MARTHA. Si no me engañó el oido,
hácia aquí ruido de espadas
percibí: ¡qué veo! ¡un hombre! *(Viendo al herido.)*
(Reconociéndole.) Valentin! ¡Oh, qué desgracia!
Al asesino, socorro!
acudid todos...!

ESCENA IX.

DICHOS, MARGARITA, SIEBEL, *pueblo y soldados.*

SIEBEL. ¿Qué pasa?
MARTHA. ¡Mirad, mirad!
SIEBEL. ¡Infeliz!
MARTHA. ¡Socorro!
MARGARITA. ¿Qué ocurre, Martha?
(Viendo á su hermano herido.)
Valentin, hermano mio...!
VALENTIN. ¡Margarita!
MARGARITA. Sí, tu hermana....
VALENTIN. ¿Qué quieres? Vete de aquí.
MARGARITA. ¡Oh, Dios mio!
VALENTIN. *(Dirigiéndose á todos.)* Ella me mata;
por ella muero, y á manos
del que causó nuestra infamia....
asesinado sucumbo
por su culpa y al vengarla.
MARGARITA. Con nuevo dolor horrible
hoy Dios castiga mi falta!

SIEBEL. Tu perdon.... *(Á Valentin.)*

VALENTIN. No, Siebel, nunca.
Escucha, mujer liviana,
de un moribundo el acento:
por él tu crímen te habla.
Seguiste la infame senda
que á la perdicion arrastra....
y al fin terrible castigo
en esta vida te aguarda.

MARGARITA. ¡Por piedad!

VALENTIN. No, no la esperes,
que nunca el crímen la alcanza.
Para tí que torpe hollaste
tu honra pura, inmaculada;
para tí, que el pobre hogar
del soldado de la patria
mancillaste para siempre
con la mas impura mancha;
para tí, asesino infame,
del hermano á quien ultrajas;
para tí, verdugo fiero
del hijo de tus entrañas,
para tí todas sus penas
pido á la justicia humana;
y si el cielo te perdona,
si al fin sus iras se aplacan,
mi maldicion....

MARGARITA. ¡Dios piadoso!
Valentin.... hermano....

VALENTIN. ¡Calla!
¡Yo hermano tuyo...! Pues bien,
que mis últimas palabras,
redoblando los tormentos
que ahora destrozan tu alma,
recuerden el tierno lazo
que tú sin piedad desatas....

¡Tu hermano fuí y me asesinas...!
¡Maldita seas, hermana! *(Muere.)*

SIEBEL. ¡Oh, qué horror!

MARGARITA. ¡Hermano mio!

SIEBEL. Apartad.
(Á Margarita que quiere abrazar á Valentin.)

MARGARITA. Dejadme.

SIEBEL. *(Conteniéndola y dirigiéndose á los demás.)* Basta.
Ha muerto, infeliz, ha muerto,
y en su frente veneranda,
aun luce el laurel de gloria
de los campos de batalla.

(Á una señal de Siebel conducen el cadáver de Valentin á una de las casas inmediatas: él y Martha se llevan á Margarita delirante.)

MUTACION.

La plaza se trasforma en el interior de una magnífica catedral gótica. Las luces, el órgano y el incienso, así como la afluencia del pueblo, indican que se están celebrando oficios divinos.

ESCENA X.

Multitud de personas van llenando lentamente las extensas bóvedas de la catedral: de las últimas y entre ellas viene MARGARITA, *llorosa y desconsolada, mostrando el terrible sentimiento que combate su alma. Á su alrededor se produce siempre un gran vacío, porque todos huyen del contacto de Margarita, hasta que ella elige un sitio separado cerca de la pila del agua bendita, donde se arrodilla. El órgano precede á las palabras de Margarita.*

MARGARITA. Perdonadme, Señor, si en mi amargura *(Música.)*
transida de dolor hasta vos llego,
mustia la frente, el corazon herido,

y sumergida en hondo desconsuelo.
Vos, Señor, de piedad inagotable,
de caridad y amor fuísteis ejemplo;
por eso su perdon de vos espera
el miserable, el desgraciado réprobo
que arrepentido ante el altar se postra
de vuestro santo y esplendente templo.
Voces desconocidas en mi oido
resuenan sin cesar: remordimientos
que el alma punzan á la vez me afligen,
y vacilante á mi pesar, emprendo
senda de maldicion: de mi memoria,
sin poderlo evitar surge el recuerdo
de mi florida juventud, y el alma
goza con las delicias de otros tiempos.

(La pila de agua bendita se abre y deja ver á Mefistófeles, que habla á Margarita, inclinándose hácia ella.)

MEFISTÓF. Tiempos felices de placer y amores
que para no volver ráudos huyeron.
Niña inocente, pura, candorosa,
de amor dechado, de virtud modelo;
ante ese mismo altar, de tus plegarias,
de tu oracion se levantaba el eco.
El ángel de la fe lo recogia,
y en aromas dulcísimos envuelto,
como ofrenda purísima del alma,
como holocausto lo elevaba al cielo.
¡Qué cambio tan horrible, Margarita!
Ayer virtud, amor, dicha, contento;
hoy desesperacion, cruel desengaño;
ayer un paraiso; hoy un infierno.
Oye la voz que sin cesar te anuncia
condenacion eterna: oye el tremendo,
el terrible anatema que á tu frente
lanza un Dios enojado y justiciero.

MARGARITA. ¡Cuánto sufro! Paréceme que extrañas

y horribles voces, en tropel revuelto
llegan hasta mi oido y que me anuncian
nuevas desgracias y suplicios nuevos.

CORO. Cuando de Dios *(Órgano.)*
el dia vendrá,
la inmaculada
cruz brillará,
y el mundo entero
se arruinará. *(Cesa.)*

MARGARITA. Ese canto, Dios mio, me estremece,
hiela mi sangre y me desgarra el pecho.

MEFISTÓF. Es que empieza á estallar sobre el precito
la cólera divina: es que el horrendo
castigo de tus culpas ha empezado.

CORO. ¿Qué el alma entonces *(Órgano.)*
dirá al Señor?
¿Dónde buscara
un defensor,
si la inocencia
no halla perdon?

MARGARITA. Señor, Señor, apiádete mi ruego!

MEFISTÓF. No hay salvacion: entre vergüenza y llanto,
tu dolor y tu afan serán eternos.

CORO. Señor, Señor,
acoge los ruegos
de mi corazon:
á mí descienda un rayo
de la celeste esfera
y calme mi dolor.

MEFISTÓF. ¡Margarita!

MARGARITA. ¡Piedad!

MEFISTÓF. No, Margarita,
condenada estás ya.

MARGARITA. ¡Ay de mí, cielos!

(Cae desmayada: Mefistófeles sonrie con alegría infernal: el órgano hace oir sus armonías religiosas, y baja el telon lentamente.)

ACTO QUINTO.

Interior de un calabozo: en segundo término y á la derecha, un lecho grosero, donde se encuentra dormida Margarita. Puerta á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA *dormida:* FAUSTO *y* MEFISTÓFELES *que entran.*

MEFISTÓF. Ya su manto de sombras va plegando *(Música.)*
la silenciosa noche, y en el cielo,
nuncios de la mañana, de la aurora
aparecen los tímidos reflejos.
Todo está preparado: del cadalso
se levanta el perfil duro y sangriento
al fondo de esa plaza, y el verdugo
blande cruel el matador acero.
Haz que al fin Margarita se decida
pronto á seguirte, que veloz el tiempo
rápido se desliza: esta es la llave: *(Dándosela.)*
yo entretanto, doctor, ahí fuera velo.

FAUSTO. Déjame ya.

MEFISTÓF. Apresúrate.

FAUSTO. Sal.

MEFISTÓF. Pronto,
que á cada instante se acrecienta el riesgo.

(Vase Mefistófeles, cerrando la puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

MARGARITA *dormida*: FAUSTO.

FAUSTO. ¡Heme aquí en la mansion triste y oscura
donde el crímen audaz llora en eterno
padecer implacable, y donde el gérmen
del mal y del dolor tiene su asiento.
Debajo de estas bóvedas sombrías
aire que respirar falta á mi pecho,
y hondo pavor infunden en el alma
de esta terrible soledad los ecos.
¡Y ella está aquí! Su angelical belleza
palidece y se muere bajo el techo
de este recinto oscuro y miserable,
sin ambiente, sin luz, sin ver del cielo
la llanura infinita y azulada;
sin recibir del sol el dulce beso!
¡Oh, qué suplicio! Abandonada y sola,
turbada la razon, llevando el sello
del criminal sobre su frente casta,
como vil delincuente, en ese lecho
presiente acaso, de pavor temblando,
llegar la muerte á perturbar su sueño.
Salvémosla rompiendo las cadenas
que sus piés aprisionan. ¡Oh, cuán lejos
estará de creer que entre mis brazos,
con vida y libertad, amor le vuelvo!
¡Cómo en su labio la sonrisa blanda
la dicha hará brotar, y de su pecho,
cómo querrá escapar hácia su amante,
su infantil corazon de amor latiendo!
¡Y yo voy á salvarla! Ahora bendigo
de Satanás el pacto, que los medios

de librar á este ángel de la muerte
pone en mis manos.
(Acercándose y llamándola.) ¡Margarita!

MARGARITA. *(Despertando agitada.)* ¡Cielos!
¿Qué dulce voz resuena en mis oidos? *(Música.)*
¿Quién hasta mí llegar hizo ese acento
que conmovió las fibras de mi alma
en ella despertando su recuerdo?
Yo la escuché: su timbre delicado
vaga en las ondas del sonoro viento
en torno mio, y en placer tranquilo
cambia la angustia que turbó mi sueño.
¡Aún aquí vibra estremeciendo el alma!
¡Aún en mi oido resonar la siento!

FAUSTO. *(Bajando hácia ella desde el fondo.)*
¡Margarita!

MARGARITA. *(Volviéndose hácia él.)*
¡Es su voz! Hácia mí viene
generoso á salvarme! ¡Ya le veo
irradiando en la luz de su mirada
de nuestro amor el sacrosanto fuego!

FAUSTO. *(Estrechándola en sus brazos.)*
Sí, Margarita, yo: yo que te adoro
como en los dulces venturosos tiempos
de nuestro amor; yo soy, ángel querido,
que á darte libertad ansioso vuelvo.

MARGARITA. Sí: eres tú.... ¡tú...! una y mil veces
me lo vuelve á decir.... sí, ¿qué se hicieron
esas eternas horas de agonia,
de amargura sin fin y de tormento,
si ya en tus brazos, palpitante el alma,
evoca sus dulcísimos recuerdos?
¿Eres tú, amado mio? ¿Tú que vienes
de mis cadenas á romper los hierros,
para que el mundo envidie nuestra dicha,
de nuestro santo amor testigo siendo?

Sí.... he aquí el jardin frondoso donde alegre,
impaciente esperaba tu regreso,
de las pintadas flores el aroma
embriagada aspirando, cuando el cielo
sobre el mundo extendia misterioso
su manto salpicado de luceros.
Mira la calle en que por vez primera
resonaron en mí los dulces ecos
de tu voz, que temblando, al alma mia
las primicias de amor llegó pidiendo;
y escucha el dulce canto de los ángeles
que en nuestras almas aumentaba el fuego
santo en que ardian, sus divinas voces
formando coro en celestial concierto,
con el himno de amor que se elevaba
al trémulo latir de nuestros pechos....
Quédate junto á mí: con tu presencia,
prestas las horas del dolor huyeron.

FAUSTO. Es preciso partir; la noche avanza;
ya de la aurora tiñen los reflejos
el lejano horizonte: ven conmigo
que vida y libertad y amor te ofrezco.

MARGARITA. ¿Contigo y ya tus brazos me rechazan?
¿Qué se hizo de tu fe? ¿Qué del inmenso
ardiente amor que un dia de tus labios
brotó á raudales y encendió mi pecho?
¿Quién tu alma atrevido me arrebata?
¿Por qué esta angustia que en tus brazos siento,
yo que otras veces, delirante y loca,
mi gloria y mi placer buscaba en ellos?

FAUSTO. (¡Se turba su razon!) Ven, Margarita:
rompe de tu prision los duros hierros,
y horas de paz y de tranquila calma
en misteriosa soledad busquemos.
Detrás de estas paredes nos aguardan
dos potros corredores que del viento

émulos son, y en rápida carrera
de estos sitios tristísimos huiremos.
Grande es el mundo: en otros horizontes
á nuestro bien futuro mas risueños;
allí, donde perpétua primavera
los campos viste con verdor eterno;
en el fondo de un bosque impenetrable
nuestra doble existencia fijaremos,
buscando en el olvido de los hombres
la santa paz que nos negaron ellos.
Ven, Margarita: el porvenir se abre
delante de nosotros alhagüeño,
rico en promesas de placer y calma,
rico en venturas y en amor inmenso.
Sígueme.

MARGARITA. No: tú rompes mis cadenas;
tus brazos abres á mi amor de nuevo;
calma y placer el porvenir nos brinda
realizando del alma los deseos,
cuando en tigre sedienta de matanza
tornóse la doncella de otros tiempos.
Mira mis manos: aun las mancha rojo
de doble crímen el nefando sello,
acusadora alzándose en mi alma
la voz del infernal remordimiento.

FAUSTO. Olvida el tiempo que pasó: la suerte,
el destino fatal duro y tremendo,
con inaudita ceguedad, castigos
arrojó sobre tí sin merecerlos.
Tú, paloma inocente, arrebatada
al casto nido del hogar paterno,
¿quién en tu alma señalar podria
la mancha de esos crímenes sangrientos?
Sigue mis pasos, ven: ¿quieres que muera
en tierra extraña, de tus brazos lejos?

MARGARITA. No; es preciso que tú vivas ahora

para guardar de Margarita el sueño;
es preciso que vivas, y que veles
por los sepulcros de mis pobres muertos.
Yo acabé ya esta vida miserable
que entre amarguras y congojas dejo,
y las tumbas que tú desde mañana
has de cuidar por mí, nombrarte quiero.
Descanse en la mejor mi santa madre,
que me acusa y maldice desde el cielo,
y á quien memoria eterna, amor profundo,
en desagravio de mi crímen debo.
Que duerma en paz mi hermano cerca de ella,
porque se unan sus almas con el beso
de la muerte glacial, y el uno al otro
se preste apoyo en el camino eterno.
Cerca, muy cerca de las dos, mi tumba
levantarás, y aquí, sobre mi pecho,
del hijo que perdí en aciaga noche,
haz que reposen los queridos restos,
y así será mi corazon de madre,
de mi amor maternal sepulcro y templo.
Y cual signo que aleje el maleficio
del espíritu malo, pondrás luego
sobre esas tumbas, cruces que protejan
con su sombra bendita nuestro sueño...!
Júrame que lo harás.

FAUSTO. ¡Ah, ven, huyamos:
sígueme por piedad! Huyamos lejos
de estos lúgubres sitios, que testigos
de mi dolor y tu desgracia fueron.

MARGARITA. ¿Y dónde hemos de ir?

FAUSTO. Á otras regiones,
á otro mundo quizás, en donde el duelo
con sus ardientes lágrimas no empañe
el brillo de tus ojos; donde el pecho
auras de libertad aspire, y rompa

de esta menguada esclavitud el peso;
donde tu pura frente se levante
sin que el matiz de la vergüenza, el sello
sobre ella ponga, y donde el mundo rinda
á tu virtud aplausos y respeto.
¡Sígueme por piedad! Tras de esa puerta
que abre á nuestra ansiedad poder supremo,
nos brinda su extension el ancho espacio;
armonías dulcísimas los vientos;
castos aromas las sencillas flores;
sombra los bosques, los arroyos tersos
linfas de plata; las pintadas aves
el amante trinar de sus gorjeos;
verde dosel los árboles gigantes;
el valle alegre perfumado lecho,
y asilo impenetrable y misterioso
los riscosos peñascos en sus huecos!
Ven, Margarita, ven: naturaleza
sus brazos tiende á nuestro amor inmenso.

MARGARITA. Tras de esa puerta que tu amor me abre,
temblando de terror, que están presiento
acechando mis pasos, el sepulcro
y la muerte implacable.... huir no puedo.
¡Ay, si me fuera dado ir á tus brazos
en vez de dar en el reposo eterno!

FAUSTO. ¡Franca está la salida! *(Señalando la puerta.)*

MARGARITA. Me detiene
mi destino cruel, y no me atrevo
á obrar en contra de lo que hay escrito
de mi vida en el libro por el cielo.
Diente por diente, dice la Escritura:
por hierro muere el que mató con hierro:
yo derramé la sangre de los mios,
y de mi crímen en castigo muero.

FAUSTO. Pues bien, ¿lo quieres...? moriré á tu lado.

MARGARITA. Nunca, infeliz: ¿no sientes en tu pecho

latir el corazon, temblar el alma
de tu hijo al dulcísimo recuerdo?
Aun tienes que salvarlo: pronto, corre,
rápido vuela en alas de los vientos,
atraviesa el camino que los tilos
sombrean con sus ramas, y á lo lejos,
cerca de la montaña, entre peñascos
que cortan sus orillas como espectros
fatídicos de muerte, las azules
ondas verás del lago turbulento,
entre las cuales tu hijo en su agonía,
ronco ya de gritar, exhala tierno,
doliente ¡ ay! que viene á confundirse
del oleaje entre el fragor revuelto.
Corre pronto á salvarle.

FAUSTO. Se extravía
tu razon, Margarita.

MARGARITA. Aun será tiempo.

FAUSTO. Vé que deliras!

MARGARITA. Corre...!

FAUSTO. Ven conmigo
y entre los dos su vida salvaremos.

MARGARITA. No podré traspasar de la montaña
los lejanos confines: ya no siento
por mis venas correr de vital fuerza
el animado espíritu, y mi cuerpo
desfallece y se muere como el lirio
al sol canicular marchito y seco.

FAUSTO. Aun vivirás para mi amor.

MARGARITA. Mi alma
ya no puede sentir de amor terreno
los deleites impuros, si adivina
el placer inefable del eterno.

FAUSTO. ¡Ah, Margarita! Por piedad, huyamos.

MARGARITA. Piedad me exijes tú? Y en mis tormentos,
cuando me ví del mundo despreciada

¿quiénes esa piedad de mí tuvieron?
Tú me olvidaste.

FAUSTO. Fascinado y loco;
por eso libertad á darte vuelvo.
Ven, ven, un solo paso y eres libre.

MARGARITA. Ese paso es un crímen: si le diéramos,
si yo escuchando de tu voz quejosa
los de amores tristísimos acentos,
rompiendo las cadenas que me oprimen
dócil oyera el suplicante ruego,
apenas la montaña mas cercana
pasado hubiera, el fantasma yerto
de mi madre infeliz encontraria,
mi liviana conducta maldiciendo.

FAUSTO. Pues bien, si tu razon estraviada
hoy desprecia la vida, amante y cuerdo
por fuerza ó voluntad he de salvarte.
(Intenta hacer salir á Margarita.)

MARGARITA. ¡Duro y cruel tambien tu amor se ha vuelto!

FAUSTO. Es preciso partir: ya rompe el dia....

MARGARITA. Brille ya el sol con esplendor soberbio,
iluminando el dia en que mis bodas
debian ser de mi constancia premio!
Mas ¡ay de mí! la virginal corona
ya no luce en mi frente sus destellos,
y los himnos de amor y de alegría
en llanto de pesar se convirtieron.
No aclamacion alegre y entusiasta,
ni locos gritos de placer, ni un pueblo
que en son de fiesta en mi redor se agita,
ni bendicion, ni aplausos girar veo
en torno de los nuevos desposados
que van su amor á consagrar al templo;
pero miro en confuso torbellino
la masa popular, con descompuesto
ronco gritar, de la mujer culpable

la sangre criminal llegar pidiendo....
Mira la multitud como se agolpa
del cadalso á los piés: escucha el eco
de la triste campana que me invita
resignada á morir, y el grave acento
del sacerdote que piedad demanda
al Dios omnipotente y justiciero,
en tanto que cruel, con mano impura
va cortando el verdugo mis cabellos....
¡Ya levanta la espada vengadora
que centellea con fulgor siniestro....
Huye...! Tu amor la perdicion me atrae....
y yo en nombre de Dios, tu amor no quiero.
Huye pronto de aquí....
(Se separa de Fausto con horror.)

FAUSTO. *(Desesperado.)* ¿Por qué he nacido?

ESCENA III.

DICHOS *y* MEFISTÓFELES *que se presenta en la puerta del calabozo.*

MEFISTÓF. Salid ó de escapar no será tiempo.
Dejad vanas palabras, que ya el alba
brilla en el horizonte, y un momento
puede impedir la salvacion.

MARGARITA. *(Aterrada.)* ¿Quién brota
súbito de la tierra...? ¡Es él, oh cielo!
Arrójale de aquí, que me persigue *(Á Fausto.)*
como sombra evocada del infierno!

MEFISTÓF. Salid, salid....

FAUSTO. *(Á Margarita.)* Que vivas es preciso....

MARGARITA. ¡Me horrorizas!
(Rechazando á Fausto y dirigiéndose al cielo.)
¡Dios mio, me encomiendo
á tí, cuya piedad es infinita...!

MEFISTÓF. *(Á Fausto.)* Ven, ven, ó con ella aquí te dejo.
FAUSTO. ¡Margarita!
MARGARITA. *(Orando.)* Soy tuya, Padre mio;
mándame de tus ángeles mas bellos
legiones que en sus alas me conduzcan
hasta las gradas de tu trono excelso.
FAUSTO. Margarita! *(Dirigiéndose á ella.)*
MEFISTÓF. *(Riendo.)* Ja, ja.... está condenada! *(Á Fausto.)*
MARGARITA. ¡Oh, justicia de Dios, á tí me entrego! *(Muere.)*
FAUSTO. ¡Ah, muerta! *(Con desesperacion.)*
MEFISTÓF. *(Á Fausto.)* ¡Condenada!
VOZ DEL CIELO. ¡Redimida!
MEFISTÓF. ¡Sígueme!
VOZ DEL CIELO. ¡Margarita está en el cielo!

(Mefistófeles arrastra consigo á Fausto, desapareciendo los dos como absorbidos por la tierra: llamas rojas iluminan el abismo que los traga: el fondo del teatro se abre y se ven en un fondo azulado y luminoso, sobre un trono de nubes, un grupo de ángeles que suben á Margarita muerta al cielo: una música dulcísima y el coro deben prestar mayor encanto á este cuadro de un carácter puramente religioso. En tanto que el grupo de ángeles se eleva conduciendo el cuerpo de Margarita, cae el telon lentamente.)

3 0112 098526152

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 26 de Abril de 1866.=El Censor de Teatros, Narciso S. Serra.